

Marzo 2009 3

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID*

Provincia Eclesiástica de Madrid

- Palabras de saludo del Arzobispado de Madrid y Presidente de la CEE. Visita Cardenal Tarcisio Bertone a España 000

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- "Creí y por eso hablé". "El profesor cristiano, testigo de una experiencia". XXIV Jornada Diocesana de Enseñanza 000
- Dios está con nosotros. La experiencia cuaresmal de la prueba del amor 000
- Carta con motivo del Domingo de Ramos 000
- Carta Pastoral con motivo del Día del Seminario de 2009 000
- Sacerdotes santos. Una necesidad siempre urgente y actual para la Iglesia y el mundo 000
- Ordenación de Presbíteros y 50º Aniversario de la propia ordenación sacerdotal 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000
- Defunciones 000
- Actividades del Sr. Cardenal. Marzo 2009 000

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 000
- Defunciones 000
- Confirmaciones 000
- Crónica de la Jornada sacerdotal 000

- Crónica del encuentro diocesano con niños 000
- Crónica de la jornada de catequesis 000
- Crónica de la V Semana por la Vida 000

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta con motivo del Día del Seminario 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000
- Defunciones 000

Conferencia Episcopal Española

- Nota de los Obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida 000

Iglesia Universal

- Carta del Papa a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la remisión de la excomunión de los cuatro Obispos consagrados por el Arzobispo Lefebvre 000

Viaje Apostólico del Santo Padre a Camerún y Angola

- Ceremonia de bienvenida. Aeropuerto internacional Nsimalen de Yaundé 000
- Discurso del Santo Padre en la Basílica María Reina de los Apóstoles, barrio de Mvolyé-Yaundé 000
- Publicación del Instrumentum Laboris. Palabras del Santo Padre 000
- Celebración eucarística con ocasión de la publicación del Instrumentum Laboris. Estadio Amadou Ahidjo de Yaundé 000
- Encuentro con los representantes de la Comunidad Musulmana de Camerún 000
- Encuentro con los obispos de Camerún 000
- Ceremonia de despedida. Aeropuerto internacional Nsimalen de Yaundé 000
- Ceremonia de bienvenida. Aeropuerto de Luanda 000
- Celebración eucarística con los obispos de la Imbisa (Asamblea interregional de Obispos de África del Sur) 000

- Celebración eucarística con los Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, movimientos eclesiales y catequistas 000
- Encuentro con los movimientos católicos para la promoción de la mujer 000
- Encuentro con los jóvenes 000
- Encuentro con los Obispos de Angola y Santo Tomé 000
- Ceremonia de despedida Aeropuerto de Luanda 000



Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46

E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVII - Núm. 2809 - D. Legal: M-5697-1958

Provincia Eclesiástica de Madrid

TASAS ADMINISTRATIVAS EN LAS
DIÓCESIS DE LA PROVINCIA ECLESIASTICA
DE MADRID

Los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid

ANTONIO MARÍA, del título de S. Lorenzo in Damaso,
Cardenal ROUCO VARELA, Arzobispo de Madrid

JESÚS ESTEBAN CATALÁ IBÁÑEZ
Obispo de Alcalá de Henares

JOAQUÍN M^a LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Obispo de Getafe

Uno de los modos de colaboración con la Iglesia, para que ésta pueda alcanzar sus fines propios mediante sus obras de evangelización, liturgia y caridad, consiste en la aportación económica ofrecida con motivo de determinados servicios pastorales que la Iglesia presta en el ejercicio de su misión.

Habiendo transcurrido ya seis años desde la última determinación de las tasas administrativas en las diócesis de la Provincia Eclesiástica de Madrid, hemos

considerado oportuno proceder a una nueva revisión de las mismas, con el fin de adecuarlas a las exigencias actuales.

Por ello, en virtud de los can. 1254, 1262, 1264 y concordantes del Código de Derecho Canónico,

APROBAMOS LAS TASAS

que figuran en el Anexo que forma parte de este Decreto, y que entrarán en vigor a partir de la fecha de su publicación en el Boletín de las diócesis de la Provincia Eclesiástica de Madrid.

Dado en Madrid, a 14 de septiembre de 2008.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

† Jesús Esteban Catalá Ibáñez
Obispo de Alcalá de Henares

ANEXO

TASAS ADMINISTRATIVAS

Certificados y partidas: 10 euros.

Partidas literales: 15 euros.

Entable de partida: 10 euros.

Autenticación de documentos: 10 euros.

Legalización de documentos: 10 euros.

Enmienda de partidas y documentos: 30 euros.
(corrección de errores materiales: gratuita)

Expedientes matrimoniales:

- a) expediente completo: 50 euros.
- b) medio expediente: 25 euros.
 - traslado dentro de la diócesis: 25 euros.
 - emisión de atestado para otra diócesis: 25 euros.
 - aceptación de atestado procedente de otra diócesis: 25 euros.

(Estas cantidades se abonarán en la Vicaría general o en la Vicaría territorial al visar la documentación, y desde aquí se transferirá, en su caso, a la parroquia correspondiente la cantidad fijada por el Ordinario del lugar).

Expedientes de enajenación de bienes eclesiásticos de personas jurídicas sujetas a la potestad del Obispo diocesano: 2% de la cuantía.

Expedientes de enajenación de bienes eclesiásticos de instituciones de derecho pontificio:

- 2.000 euros si el valor del bien se encuentra entre 1.500.000 euros y 3.000.000 euros.
- 6.000 euros si el valor del bien se encuentra entre 3.000.000 euros y 10.000.000 euros.
- 10.000 euros si el valor del bien se supera los 10.000.000 euros.

Expedientes de erección canónica de una asociación, establecimiento en la diócesis, constitución de una fundación, aprobación o reforma de estatutos, apertura de casas de institutos de vida consagrada, licencia para establecer un oratorio o capilla privada: 100 euros.

Expediente de confirmación del Presidente de una asociación: 50 euros.

Expediente de coronación canónica de una imagen de la Virgen y de proclamación canónica de Patrono: 200 euros.

Expedientes de otro tipo (recursos, etc.): se tasarán según sus características y complejidad.

Preces a la Santa Sede: 30% de las tasas devengadas en Roma.

"Nihil obstat" del Obispo para ingreso en Órdenes militares y en otras instituciones: 100 euros.

Fotografías del Patrimonio histórico-artístico con fines comerciales: 50 euros.

Vídeos con fines comerciales y filmaciones: 200 euros/hora.

Censura de libros:

- a) sin interés comercial: 0,30 euros/pág.
- b) con interés comercial: 0,60 euros/pág.

Certificaciones del archivo histórico: 12 euros.

Copias literales de documentos del archivo histórico:

- a) siglos XVII-XVIII: 35 euros.
- b) siglos XIX-XX (hasta 1939): 25 euros.
- c) siglo XX (desde 1940): 20 euros.

Fotocopias del archivo histórico: 1 euro.

Digitalización de documentos del archivo histórico:

- a) hasta 15 imágenes: 4 euros/imágen.
- b) más de 15 imágenes: 5 euros/imágen.



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

“Creí y por eso hablé”
(2Cor 4,13)

“El profesor cristiano, testigo de una experiencia”
XXIV Jornada Diocesana de Enseñanza

Sábado, 7 de marzo de 2009

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

El próximo 7 de marzo vamos a celebrar en nuestra Archidiócesis de Madrid la XXIV Jornada de Enseñanza. Una oportunidad renovada de acercarnos al mundo educativo, tan importante para la misión evangelizadora de la Iglesia, que sabe valorar los esfuerzos de tantos profesores y profesoras que, en colaboración con las familias, trabajan cada día en aras de una enseñanza de calidad en nuestra diócesis. Espero y deseo que, como las veces anteriores, sirva de ocasión para el encuentro, la oración y la comunión en la fe y que impulse a nuestros docentes a ser testigos de la experiencia evangélica en su quehacer educativo.

Es tarea propia de la familia la educación de la persona humana. Lo ha recordado el Concilio Vaticano II, que en su Declaración sobre la educación nos

dice que “los padres, al haber dado la vida a los hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole y, por consiguiente, deben ser reconocidos como los primeros y principales educadores de sus hijos. Esta tarea de la educación tiene tanto peso que, cuando falta, difícilmente puede suplirse” (*Gravissimum educationis*, 3). En una sociedad individualista, como la nuestra, donde la influencia cultural tiende a forjar un hombre fragmentado y fascinado por una libertad desvinculada, aún cobra más importancia la vocación educadora de la familia como instancia humanizadora. En ella, el individuo experimenta la importancia irremplazable de sentirse amado para aprender a amar, librándole de la experiencia de la soledad –en la que tantas veces se encuentra– cuando busca la felicidad reduciéndola a la mera satisfacción de los deseos. Pero siendo fundamental el quehacer educativo de la familia, ésta necesita de otras instancias que le ayuden a conseguir la formación integral de los hijos, pues en sí misma es incapaz de ofrecerles toda la ayuda que necesitan.

La escuela, siempre de forma subsidiaria a los padres y en íntima colaboración con ellos, ha de procurara educar a los alumnos de manera que aprendan a ser personas, para lo cual no basta con transmitir sólo conocimientos y habilidades prácticas, sino también educar las conciencias en la virtud. En este sentido, Benedicto XVI señalaba en un discurso a la asamblea diocesana de Roma que “hoy cualquier labor de educación parece cada vez más ardua y precaria. Por eso, se habla de una gran ‘emergencia educativa’, pues en una sociedad y en una cultura que con demasiada frecuencia tienen el relativismo como su propio credo, falta la luz de la verdad, más aún, se considera peligroso hablar de la verdad, se considera ‘autoritario’, y se acaba por dudar de la bondad de la vida”. Es fácil dejarse llevar por el desánimo ante el malestar de tantas familias, que no saben cómo educar a sus hijos, y tantos profesores cristianos que se sienten contrariados en su actividad docente por la presión de algunas corrientes culturales, que promueven unos modelos de comportamiento alejados de la verdad que ayuda a dar sentido a la vida. Urge, ante este panorama, recuperar el impulso misionero de las familias y los docentes cristianos que devuelvan a las nuevas generaciones de niños y jóvenes la capacidad de vivir en plenitud.

En este año paulino que estamos celebrando, el recuerdo de la figura de San Pablo puede ser un estímulo y una ayuda para los profesores cristianos a la hora de vivir su vocación al servicio de la tarea educativa. Cuando nos acercamos al testimonio del apóstol, recogido en sus cartas, sigue impresionándonos el cambio operado en su existencia tras ser conquistado por el amor de Jesu-

cristo, con el fin de vivir para Dios, cambio que le lleva a una identificación creciente con la cruz de Cristo. Desde entonces la razón de su vida y el motivo de su predicación fue creer en el Hijo de Dios que le amó y se entregó por él (Gal 2, 20). Ante las dificultades que se le presentaron en el servicio a sus comunidades, libre de los juicios que pudieran verter sobre él, proclama abiertamente la verdad evangélica –de la que se siente servidor– siendo consciente de que ésta debe ser proclamada por un hombre frágil y débil, pero que, poniendo su confianza en Dios –*creí y por eso hablé*–, es capaz de soportar dificultades, persecuciones y angustias, hasta llegar a afirmar que, cuanto más débil se siente, más fuerte es (2 Cor 12, 10).

Como decía Benedicto XVI en la inauguración de este año paulino, San Pablo no es para nosotros una figura del pasado, que recordamos con veneración, también es maestro, apóstol y heraldo de Jesucristo, que quiere hablar con nosotros hoy, lo que nos permite escucharlo y aprender de él, como nuestro maestro en la fe y en la verdad (1 Tim 2, 7). El profesor cristiano, siguiendo el ejemplo del apóstol, ha de procurar ser un testigo fiel de la fe y la verdad. Una fe que surge como respuesta agradecida a la Palabra de Dios proclamada en la Iglesia, de la que el testigo ha de saber dar razón al entrar en diálogo con la cultura en la que se inserta y que, en cuanto saber razonable, ofrece una respuesta a las cuestiones fundamentales que acompañan la vida de todo ser humano. La fe, contrariamente a lo que tantas veces se dice, no se opone a la razón, sino que la ayuda a no encerrarse en sí misma recordándole el dinamismo que la orienta hacia el conocimiento de la verdad. “Es ilusorio, decía Juan Pablo II, pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser” (*Fides et ratio*, 48). De ahí que el profesor cristiano, desde su profunda convicción de fe y aprovisionado de un conjunto de competencias culturales, psicológicas y pedagógicas, deba acompañar a los alumnos en la búsqueda de la verdad, ayudándoles a sortear los atajos del subjetivismo, relativismo y nihilismo, tan presentes en nuestra sociedad, que les incapacita para una apertura a la trascendencia y una acogida libre sincera de la verdad revelada en Jesucristo.

Con ocasión de esta Jornada Diocesana de Enseñanza quiera Dios que urgidos por el testimonio evangelizador de San Pablo sepamos comunicar en la escuela la alegría y la esperanza que trae el Evangelio. A María, Madre de la espe-

ranza y Virgen de La Almudena, encomendamos el trabajo y las ilusiones de tantos profesores cristianos que desde los distintos centros escolares se esfuerzan por transmitir la verdad de la fe a sus alumnos.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

DIOS ESTÁ CON NOSOTROS

La experiencia cuaresmal de la prueba del amor

Madrid, 7 de marzo de 2009

Mis queridos hermanos y amigos:

La vida, se dice, está llena de sorpresas, agradables unas, dramáticas y dolorosas otras. A nadie le faltan esas pruebas que someten a todo lo que somos y a nuestro modo de vida a límites psicológica y espiritualmente poco menos que insoportables. La enfermedad inesperada, la muerte repentina del ser querido, la infidelidad matrimonial, la ruptura familiar y, en este año que acaba de comenzar, la crisis económica y/o la pérdida del empleo con la que no contábamos, las amenazas terroristas y criminales que ponen en peligro la convivencia..., son algunos de los factores que desencadenan angustiosas incertidumbres cuestionando el sentido de nuestra existencia negativamente. ¿Acaso no es posible la felicidad? ¿Dios ha abandonado al hombre a sus propias y únicas fuerzas, tanto físicas como espirituales? Ante la constatación de la experiencia del dolor y del fracaso moral y, sobre todo, en el cara a cara con la muerte, no pocos de nuestros contemporáneos, incluso en los países de tradición cristiana –sin ir más lejos en nuestra misma España–, hacen el cortocircuito de la negación de Dios. “Dios probablemente no existe”, rezaba sarcásticamente uno de los carteles de la propaganda atea de los autobuses de

Madrid. O, el menos, se dicen muchos de nuestros conciudadanos en secreto, vivamos como si Dios no existiese.

Naturalmente, el supuesto remedio del ateísmo, lo que hace es agravar la enfermedad existencial del hombre y la situación extraordinariamente crítica de nuestra sociedad. Los principios más elementales de la moral personal, familiar y social o se ignoran o, lo que es peor, se manipulan hasta violentar su prístino significado, cambiándolo justamente en lo contrario de los valores éticos que contienen. Así, por ejemplo, garantizar legalmente la libertad para interrumpir el embarazo de un niño hasta las catorce semanas de su vida –es decir, sin eufemismos, para abortarlo– se califica como una medida al servicio de la protección de la vida humana (“sic”). O, también, otro ejemplo: se afirma y pretende poder mantener indemne y mejorar los mecanismos económicos y jurídicos de la Seguridad Social sin una decidida ayuda y promoción integral del matrimonio estable entre hombre y mujer –¡el verdadero matrimonio!– y de la familia. En el fondo, lo que ocurre en la vida de los hombres de nuestro tiempo es en una triste y decisiva medida el efecto visible del olvido creciente de Dios por parte de una sociedad y de una cultura que han renegado del cristianismo de cuyas entrañas han nacido. Le hemos dado la espalda a la fe en Cristo que ha iluminado y modelado nuestras almas, mentes y corazones desde hace casi dos mil años. Hemos olvidado demasiado frecuente y soberbiamente la Gracia de Dios que nos ha sido otorgada por Cristo y en Cristo, desconociendo nuestra condición de pecadores y negándola con orgullo. Nos cuesta creer que la vida es “una prueba” de la que seremos examinados definitivamente en la hora de nuestra muerte. Más aún, que es una prueba de amor y para el amor. “Al atardecer de la vida te examinarán del amor”, recordaba bellamente San Juan de la Cruz.

“Dios puso a prueba a Abraham”, al Padre de los creyentes, relata el Libro del Génesis, pidiéndole la ofrenda de su propio hijo. En medio de toda la paradoja que implicaba la interpretación del mandato de Dios por parte de Abraham, lo que Dios buscaba de él, verificándolo, era una prueba inequívoca de su amor que, no ahorrando al propio hijo, le hacía en último término verdaderamente capaz de amar a Dios y, en Dios, a ese hijo de un modo nuevo en virtud de un amor más grande y con una fuerza y una verdad que antes de la petición de que lo sacrificase sería impensable. La paradoja de ese amor infinitamente misericordioso de Dios para con el hombre se pone de manifiesto plenamente cuando Dios Padre nos dio a su Hijo Unigénito, entregándolo a la muerte por nosotros. San Pablo se atreverá a afirmar que “Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros”: La prueba de la Cruz se convierte así para cada hombre en la prueba irrefutable de que Dios le busca, le ama, le quiere salvar. “Si Dios está con nosotros,

¿quién estará contra nosotros?... ¿cómo no nos dará todo con Él?”, se decía, con razón, Pablo en la Carta a los Romanos: con una razón sublime que supera los límites de la sola razón humana.

Por esta certeza de que por Cristo, muerto y resucitado, y que intercede por nosotros constantemente ante el Padre, las pruebas de la vida, secuela del pecado de origen, o, lo que es lo mismo, las desgracias y desventuras de este mundo se pueden convertir para nosotros en pruebas transformadoras de nuestros corazones según la medida del amor de Cristo. Más aún, se nos ofrecen como una oportunidad de gracia para superar lo que es la verdadera des-gracia del hombre, que no es otra que su pecado, su ruptura con Dios, “que es Amor”. Mal que se cura por la medicina de la verdadera penitencia, que incluye la disposición al sacrificio de uno mismo. Asumir el mal físico se nos presenta como la prueba inequívoca para la renuncia del yo egoísta y su conversión en una oblación y ofrenda de amor que sana y salva.

El itinerario cuaresmal nos anima a vivir este tiempo de preparación de la Pascua de Resurrección como una renovada experiencia de dejarnos convertir al Amor de Cristo y crecer en Él, en una palabra, como una etapa nueva en nuestra vida espiritual y eclesial de superación de “las pruebas” de esta vida por una renovación honda de nuestro reconocimiento de la prueba del amor que Dios nos tiene y que nos ha mostrado inequívocamente en la Cruz de Jesucristo. Si él ha hecho oblación de su vida para el perdón de nuestros pecados, ¿quién podrá apartarnos de su amor? ¿quién nos condenará? De nuevo en esta Cuaresma podemos reconocer la presencia de Jesucristo Resucitado y Glorificado en medio de su Iglesia para el consuelo y fortaleza de sus hijos e hijas, a través de las vicisitudes de este mundo. La Iglesia en la que el Señor nos concede conocerle y contemplarle en su gloria eterna, de una forma decidida y definida para siempre, es la de los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan, testigos de la anticipación de esa gloria en el monte de la Transfiguración.

Pidiéndole a Nuestra Madre del Cielo, la Virgen de La Almudena, que nos acompañe en esa nueva subida al Monte Calvario de este año 2009 para conseguir una nueva contemplación para alcanzar más amor –amor de Cristo y amor a nuestros hermanos– os bendigo con todo afecto en el Señor,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

CARTA CON MOTIVO DEL DOMINGO DE RAMOS

Madrid, 16 de marzo de 2009

Queridos diocesanos:

El Domingo de Ramos de la ya cercana Semana Santa los jóvenes de la Diócesis de Madrid, presididos por el Obispo diocesano y acompañados por jóvenes de otras partes de España, recibirán de manos de los jóvenes de Sydney la Cruz de los Jóvenes. Esta cruz fue entregada por primera vez a los jóvenes por el Siervo de Dios Juan Pablo II en el año 1984, Año Santo de la Redención, para que peregrinara por el mundo durante el tiempo que transcurre entre una Jornada Mundial de la Juventud y la siguiente. De esta forma, la cruz de Cristo aparece en el centro de la vida de los jóvenes y de todos los cristianos como lo que realmente es: el lugar donde se ha realizado la redención del mundo. Así lo recuerda la solemne liturgia del Viernes Santo: “Mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo”. Mirar la cruz, besarla y adorarla es uno de los gestos más sencillos y profundos de la piedad cristiana que aprendemos desde niños.

Una vez que los jóvenes de Madrid hayan recibido la cruz, será traída a Madrid y estará situada en nuestra Santa Iglesia Catedral, junto al icono de la Vir-

gen Madre que la acompaña. El Viernes Santo será objeto de nuestra adoración en los Oficios litúrgicos y, después de la liturgia, será llevada en procesión a hombros de los jóvenes por las calles de Madrid al encuentro del Jesús de Medinaceli, imagen muy venerada por el pueblo de Madrid y por muchas otras gentes. Con este encuentro procesional entre la imagen de Jesús y la Cruz de los jóvenes, que yo mismo presidiré, comenzará una peregrinación de la cruz por las parroquias y comunidades cristianas de nuestra Archidiócesis y de las diócesis de Alcalá de Henares y de Getafe, y por todas las diócesis españolas que lo soliciten para preparar así la Jornada Mundial de la Juventud que tendrá lugar en Madrid el año 2011.

El motivo de esta carta es invitaros a todos a participar en la liturgia de la Catedral y en la posterior procesión de la cruz por nuestras calles para confesar que la Vida nos viene de Cristo, que en la cruz ha querido manifestar su amor infinito con todos los hombres. Invito especialmente a los jóvenes a participar en estos actos preparándose así ya desde ahora a celebrar el gran encuentro con el Papa Benedicto XVI en nuestra ciudad. Os invito a prepararos mediante la conversión del corazón, la práctica del sacramento de la reconciliación y la caridad fraterna, especialmente con los más necesitados en estos tiempos de crisis económica. Así recibiréis fuerza para llevar con Cristo vuestra propia cruz de cada día, con la certeza de que la cruz termina en la gloria de la Pascua. El Viernes Santo será así el comienzo de nuestra peregrinación hacia el año 2011 en que nuestra diócesis se convertirá, con la presencia del Sucesor de Pedro, en la imagen visible y universal de la Iglesia capaz de congregar a una multitud inmensa de jóvenes que se saben redimidos por Cristo y enviados a anunciar su Evangelio a todos los hombres.

Os espero y os bendigo de corazón,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Carta Pastoral con motivo del Día del Seminario de 2009

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Se acerca la tradicional celebración del “Día del Seminario”. Como todos los años, la solemnidad del glorioso Patriarca San José señala la ocasión propicia para que la comunidad diocesana ponga su mirada y su corazón en esta institución eclesial que tiene encomendada la formación de los sacerdotes que la servirán en el próximo futuro. La alta y delicada misión que Dios encomendó a S. José respecto a su Hijo Jesucristo ilumina alguna de las finalidades propias de esta jornada: si para S. José era realizar el abnegado oficio de padre, velando por el crecimiento del Hijo “*en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres*” (Lc 2, 52), para nosotros es acompañar y sostener el proceso educativo de los actuales candidatos al sacerdocio con la oración, el afecto y la ayuda económica, de manera que se sientan estimulados a perseverar generosamente en su vocación, y dispongan de los medios necesarios para cultivarla con dedicación y responsabilidad.

Son más de doscientos los seminaristas que se forman en nuestros seminarios diocesanos: el Conciliar y el misionero “Redemptoris Mater”. Jóvenes de este tiempo con una rica diversidad de procedencias: parroquias y movimientos, familias cristianas y grupos juveniles... Biografías originales, humana y

cristianamente valiosas, con el común denominador de haber escuchado la misma llamada de Cristo al sacerdocio, y con la prontitud y disponibilidad del apóstol Pablo para responder: “¿*Qué debo hacer, Señor?*” (Act 22, 10). Desde aquella llamada, y a lo largo de los años de su formación, cada uno de ellos se irá configurando con la nueva identidad sacerdotal nacida del encuentro personal con el amor de Cristo, hasta poder afirmar el día de la ordenación: “*Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí*” (1Cor 15, 10).

Estamos celebrando el “Año Paulino” propuesto por el Papa Benedicto XVI como una nueva ocasión providencial para contemplar más de cerca e imitar en sus virtudes apostólicas la figura grandiosa de San Pablo, “apóstol por gracia de Dios” –lema, por cierto, de esta jornada del “Día del Seminario”– queriendo así actualizar su magisterio como “*maestro, apóstol y heraldo de Jesucristo*” (2Tim 1, 11) en el proceso educativo de los futuros sacerdotes. Como enseña Benedicto XVI, “*San Pablo quiere hablar con nosotros hoy, (...) para escucharlo y aprender ahora de él, como nuestro maestro, la fe y la verdad en las que se arraigan las razones de la unidad entre los discípulos de Cristo*”.

El Santo Padre señala cómo toda la misión apostólica de Pablo encuentra su motivación más íntima y profunda en haberse sentido amado incondicionalmente por Cristo: “*Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí*” (Gal 2, 20). Se es, pues, apóstol y sacerdote por gracia de Dios. Como en la experiencia de Pablo, en cada uno de nuestros seminaristas resplandece la primacía de la gracia y del amor del Señor, y así debe ser entendida su historia, su elección y su presencia en el Seminario. La vocación es don del amor y de la gracia divina y no un derecho o promoción del hombre por muy santo o sabio que sea. La iniciativa está siempre en el Señor como le sucedió a Pablo en el camino de Damasco, y como les sigue ocurriendo hoy a cuantos niños o jóvenes les es dado escuchar la dulce e imperiosa llamada de Jesús: “*Ven y sígueme*” (Mc 10, 21). Cada uno de nuestros futuros sacerdotes es, por tanto, un regalo de Dios a la Iglesia de Madrid que puede contemplar su futuro con la esperanza cierta de que no la faltarán pastores, según el corazón de Cristo, para predicar el Evangelio y celebrar la Eucaristía. Debemos considerar la formación de los futuros sacerdotes en los Seminarios diocesanos y la atención solidaria de todos los diocesanos a sus necesidades espirituales y materiales como una de las tareas pastorales más importantes para la vitalidad de la Iglesia en Madrid y el futuro de su misión evangelizadora.

¡Demos las gracias a Dios por disponer en los tiempos actuales de un número significativo de candidatos al sacerdocio! Pero no perdamos de vista que resulta todavía insuficiente para el servicio pastoral de una diócesis tan poblada y compleja como la de Madrid. Salir al paso de la cultura laicista y secularizada dominante con renovado celo por la salvación de todos los hombres, y ofrecer con vigor apostólico la palabra viva del Evangelio supone contar con suficiente savia joven capaz de revitalizar la venerable tradición del presbiterio madrileño. Además, la solidaridad cristiana nos recuerda que no podemos ni debemos ignorar a tantas iglesias hermanas –en España y en otros países de antigua raigambre cristiana– que se sienten hondamente afectadas por la crisis de vocaciones sacerdotales y afrontan con no poca preocupación el inmediato futuro.

Arraigada nuestra confianza en la fidelidad de Cristo Señor, vivo y vivificante, que ha prometido a los suyos: *“He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 20), deseo renovar mi viva exhortación a toda la comunidad diocesana para que cada uno, desde su propia vocación y lugar en la Iglesia, contribuya a crear y acrecentar las condiciones necesarias para que la llamada de Cristo al sacerdocio apostólico pueda germinar y dar frutos abundantes. Así nos lo pedía el venerado Juan Pablo II: *“La Iglesia no puede dejar jamás de rogar al dueño de la mies que envíe obreros a su mies (cf. Mt 9, 38) ni de dirigir a las nuevas generaciones una nítida y valiente propuesta vocacional, ayudándoles a discernir la verdad de la llamada de Dios para que respondan a ella con generosidad; ni puede dejar de dedicar un cuidado especial a la formación de los candidatos al presbiterado”*. Como a S. Pablo, nos urge la caridad de Cristo y el deseo ardiente de dar a conocer a tantos hermanos alejados del amor de Dios a quien *“murió por todos (...) para que vivan para Aquél que murió y resucitó por ellos”* (Cf. 2Cor 5, 14).

Este apremio concierne, en primer lugar, a todo el presbiterio diocesano. S. Pablo es también para todos nosotros sacerdotes, maestro y modelo de responsabilidad en la promoción de las vocaciones al ministerio apostólico. Su preocupación por el futuro es patente en la recomendación a Timoteo: *“... cuanto me has oído en presencia de muchos testigos confíalo a hombres fieles, que sean capaces, a su vez, de instruir a otros”* (2Tim 2, 1-2). Brota así la larga y hermosa tradición que, desde los Apóstoles, mediante el sacramento del Orden, ha ido encomendando el Evangelio y la Eucaristía a las sucesivas promociones sacerdotales para el servicio del Pueblo de Dios. Una tradición que se actualiza en nosotros, los minis-

tros ordenados de este tiempo, y nos urge a que ofrezcamos el testimonio luminoso y feliz de la entrega sacerdotal a las nuevas generaciones de fieles cristianos. No hay programa más persuasivo para la fecundidad vocacional que el ejemplo de presbíteros capaces de vivir hasta sus últimas consecuencias con el estilo apostólico de Pablo: “*Por mi parte, muy gustosamente gastaré y me desgastaré por vuestras almas*” (2Cor 12, 15)

También a las familias cristianas les concierne la urgencia y la responsabilidad en la promoción de las vocaciones sacerdotales. Con motivo del vigente Plan de Pastoral familiar para nuestra Archidiócesis, yo mismo proponía como esencial la cooperación franca y decidida entre presbíteros y matrimonios: “*El sacramento del Orden y el del Matrimonio aparecen implicados mutuamente (... Es esencial que exista una comunión afectiva y efectiva entre ambos, para que la Iglesia pueda ser cada vez más ‘una gran familia’, la de los hijos de Dios*”. ¿No es una inmejorable implicación mutua el que la vida familiar ofrezca condiciones favorables para el nacimiento de vocaciones al seguimiento apostólico de Cristo? ¿Cabe un lazo de comunión más hondo y entrañable que contar con un sacerdote en el seno familiar? Invito a todas las familias cristianas a implorar al Señor el don de ser agraciadas con un hijo llamado al sacerdocio, cuidándole y acompañándole como verdadera iglesia doméstica.

Deseo que esta atención por la pastoral vocacional alcance a toda la comunidad diocesana: catequistas, profesores y educadores; parroquias, movimientos y colegios cristianos... ¿Que ninguna vocación sacerdotal se pierda por no ser acogida y educada en la confianza y generosidad del seguimiento de Cristo! También la de los niños y adolescentes que son objeto de la predilección y la llamada del Señor. Nuestro Seminario Menor sigue discerniendo y acompañando las semillas de vocación sembradas en sus corazones, ofreciéndoles una formación adecuada a su edad para que, en su día, puedan seguir con generosidad a Jesucristo Sacerdote.

Celebremos el “Día del Seminario” mostrando nuestro afecto y solidaridad hacia los futuros sacerdotes; pidamos por ellos en oración confiada ante el Señor, para que sean santos sacerdotes, audaces apóstoles del Evangelio y servidores de sus hermanos con la entrega pastoral de sus vidas. Ofrezcamos la generosidad de la ayuda económica, compartiendo las muchas necesidades de los años de formación. Y pongámoslos en el seno de nuestra Madre, la Santa Virgen de La Almudena, para

que cada día renueve en ellos la disponibilidad para vivir totalmente según la voluntad de su Hijo Jesucristo.

Os bendice con todo afecto,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

SACERDOTES SANTOS

Una necesidad siempre urgente y actual para la Iglesia y el mundo

Madrid, 21 de marzo de 2009

Mis queridos hermanos y amigos:

El pasado lunes, 16 de marzo, el Santo Padre anunciaba a los participantes en la sesión Plenaria de la Congregación para el Clero “un año sacerdotal” que comenzaría su andadura el próximo 19 de junio, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, y que concluiría el 19 de junio del próximo año 2010. La figura de San Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars, del cual conmemoraremos el 150 Aniversario de su muerte, acaecida el 4 de agosto de 1859, ha movido al Papa en esta decisión que busca favorecer “la tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual, de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio”. Y de la eficacia de ese ministerio –habría que añadir– depende en buena medida la fecundidad misionera y santificadora de la acción de la Iglesia en las almas y en el mundo. ¡Sí, de la santidad de los sacerdotes depende la salvación de las almas! O, lo que es lo mismo, el bien del hombre, visto en toda la profundidad e integridad de los aspectos que lo constituyen y conforman en el tiempo y en la eternidad, esta estrechamente vinculado a la vida santa de unos hombres que han seguido la llamada de Cristo, que les invita a ser sus amigos, a estar con Él y a configurarse con Él, Cabeza de la

Iglesia y Salvador del mundo. El Cristo Glorioso, cuyo “paso” sacerdotal por la Cruz significó el triunfo del amor infinitamente misericordioso de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo sobre el pecado y la muerte en la que el hombre se había precipitado, actúa y actualiza ese “sacerdocio nuevo y eterno” a través del ministerio de aquellos que Él elige y consagra para que lo “re-presenten” sacramentalmente en la Iglesia; es decir, para que lo hagan presente como el Sacerdote de la “Nueva y Eterna Alianza” en la predicación de la Palabra, en la celebración de los Sacramentos –singularmente, en el de la Eucaristía– y en la vivencia común –en “comunidad”– de la Caridad, que se ofrece a todos los hombres. ¿Y cómo va el sacerdote a ejercer ese ministerio de “representación” sacramental de Cristo, fundido en su propio ser por el carácter sacerdotal recibido en el día de su ordenación presbiteral, con autenticidad misionera y santificadora, en una palabra, como un servicio evangélico a las almas, sin esa tensión espiritual hacia una identificación dinámica y siempre creciente de toda su vida y existencia con Jesucristo, con el que dio la vida por él y por sus hermanos? El sacerdote o trata de ser y de vivir como un enamorado de Cristo o su existencia caerá en el precipicio de la esterilidad pastoral y de la frustración personal.

El Santo Cura de Ars es un ejemplo preclaro de esa fecundidad sobrenatural de una vida sacerdotal, sembradora de perdón y de gracia para el hombre de “los tiempos modernos”, que siente cómo el ser y el estar en el mundo, por mucho que quiera asegurarse su felicidad con conquistas siempre nuevas de metas de progreso técnico y del dominio de recursos materiales siempre más abundantes y complejos, si no se asienta en el fundamento de una vida interior sanada moralmente y cultivada en la fe y esperanza en alguien que le ame y espere con verdadero amor, es decir, en Dios, se convierte en un absurdo insufrible. Toda la Francia post-revolucionaria, culta y progresista de la primera mitad del siglo XIX, peregrinaba hasta el confesionario de aquel sencillo, humilde y pobre Cura de aldea, Juan María Vianney, que acogía a los pecadores en el nombre de Jesucristo y con sus mismos sentimientos de ternura misericordiosa y de perdón que iba aprendiendo a entender y asimilar en el trato diario de la oración con Aquél, de cuyo Divino Corazón había brotado la salvación del mundo.

Hoy concluimos una semana intensa de vida diocesana, centrada en el Seminario, en nuestros Seminarios diocesanos. La información sobre su situación actual, el conocimiento más detallado de sus comunidades, la ayuda material y espiritual que necesitan, han llenado los momentos más intensos de la actividad parroquial y han ocupado el lugar más destacado en la acción pastoral y apostólica de toda la

comunidad diocesana: de sus pastores, de sus consagrados y consagradas, de las familias y de los fieles laicos. La oración por los seminaristas, los futuros sacerdotes, ha llenado de fervor y de autenticidad cristiana la preparación y celebración del Día del Seminario. La experiencia y el instinto espiritual del Pueblo de Dios acierta siempre cuando pide al “Señor de la mies” “Operarios” para su Iglesia que sean verdaderamente santos y cuando acude a la Virgen María, la Madre del Sumo y Eterno Sacerdote y Madre de la Iglesia, como a la Madre espiritual por excelencia de sus sacerdotes, pidiéndole que cuide a nuestros seminaristas, que interceda ante su Divino Hijo para que los haga santos sacerdotes para el bien de ese nuevo Pueblo de los Hijos de Dios, que constituye la única y verdadera esperanza para conseguir la humanidad nueva que anhelamos: una humanidad que se vaya configurando por los caminos de la historia, del presente y del futuro cada vez más nítidamente como una familia en la que se comparten con amor tristezas, dolores, crisis, gozos y alegrías, los bienes de este mundo y los dones de la vida eterna.

El próximo sábado “ordenaremos” a doce nuevos sacerdotes en nuestra S.I. Catedral de Ntra. Sra. la Real de La Almudena, en el día en que también conmemoramos el 50º Aniversario de nuestra propia ordenación sacerdotal. ¡Orad por ellos con todo el fervor de vuestro corazón y orad por mí! Rogad para que busquemos siempre en nuestras vidas ser fieles y humildes instrumentos de la Misericordia del Señor.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

HOMILÍA del Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid
en la Ordenación de Presbíteros
y en el 50º Aniversario de la propia ordenación sacerdotal

Catedral de La Almudena, 28.III.2009

(Jer 1,4-9; Sal 109; Heb 10,12-13; Jn 15,9-17)

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor,
Queridos ordenandos:

1. Vais a recibir por la imposición de mis manos y la oración consagratória, en la que se une toda la Iglesia, el sacramento del Orden en el grado del Presbiterado: ¡vais a ser constituidos Sacerdotes de Jesucristo! Es la expresión con la que el que os ordena titulaba el recordatorio de su ordenación sacerdotal hace hoy justamente cincuenta años. Nuestro “sacerdocio”, el que en esta celebración litúrgica recibís vosotros y el que recibí yo hace cincuenta años el 28 de marzo en la noche de la Pascua del año 1959 en la Catedral Vieja de Salamanca, es el mismo Sacerdocio: el Sacerdocio de Jesucristo, el Sacerdocio de la Nueva y Eterna Alianza por la cual y en la cual hemos sido y somos salvados. ¡Un don precioso, fruto de un extraordinario amor de Jesucristo para con nosotros! Amor de elección que no merecemos

y al que debemos de corresponder con un corazón sencillo, humilde y ardiente que suplica y ansía serle fiel hasta la muerte. Un don del Espíritu Santo transmitido sacramentalmente y, como consecuencia, una tarea y una responsabilidad personal, comprometida con la obra redentora de ese Cristo, Sacerdote y Víctima, que se ofrece en la Cruz donde “se encuentra clavada la salvación del mundo”. Don, oficio, tarea, responsabilidad... que, vividas fielmente de cara a los hombres, nuestros hermanos, se comprenden muy bien a la luz de lo que el joven Juan María Vianney, con el hatillo de sus pobres y escasas pertenencias al hombro, ya en las cercanías de la oscura y perdida aldea de Ars, en la Francia descristianizada de la Revolución, contestaba al pastorcillo que le preguntaba, curioso, ¿qué vienes a hacer aquí?: “Vengo a enseñaros el camino del Cielo”. Y a fuer que lo consiguió y no sólo entre los paisanos de su parroquia y de las parroquias vecinas, sino también entre sus conciudadanos de aquella Francia post-revolucionaria, descreída y pecadora, que en riada penitente pasó por su confesionario en los 41 años largos de su ministerio parroquial incesantemente, hasta el último de su vida. Cuentan sus biógrafos que llegó a dedicar al ejercicio de ese ministerio de la conversión y del perdón de los pecados, tan específicamente sacerdotal, 18 horas diarias. Respuesta aparentemente ingenua, la del Santo Cura de Ars, y, sin embargo, verdaderamente reveladora de lo más auténtico y apasionante del sentido y valor humano y cristiano del ministerio sacerdotal.

2. En pocos días celebraremos la Pascua de Resurrección. Un año más, la Iglesia se dispone a anunciar y celebrar la victoria de Jesucristo Resucitado y su actualidad para nosotros, los hombres de comienzos del Tercer Milenio, en medio de las nuevas y antiguas angustias, tan típicas de una sociedad y de un modelo de existencia autosuficiente y orgullosa, en donde se es y se vive como persona sin más horizontes que los de la vida caduca y sin más ilusiones que las de los éxitos efímeros que proporcionan el mundo y sus vanidades. En el trasfondo de nuestra cultura dominante no es difícil adivinar vidas sin esperanza e incapaces a la vez de una verdadera y auténtica experiencia de amar: ¡incapaces y nostálgicas de ser amadas y de amar! Jesucristo Resucitado, con el triunfo de su Cruz –triunfo verdaderamente paradójico–, venciendo a la muerte en su raíz, el pecado, ha abierto la posibilidad de un giro radical en la concepción y en la realización de la vida de cada persona e, incluso, de la historia de la misma familia humana: el giro del Amor infinitamente misericordioso de Dios, que proclamado, celebrado litúrgicamente y practicado en “comunión” –en la comunión del amor fraterno alimentado en la Eucaristía–, se evidencia para el hombre como el verdadero camino de la vida que conduce a la Gloria del Cielo.

¡Enseñar a los hombres de nuestro tiempo el camino del cielo, esa es, queridos ordenandos, nuestra vocación! ¡Una hermosa y apasionante vocación!

3. Se trata pues, queridos hijos, de vivir todo lo que poseemos y somos como un servicio a Cristo Resucitado, a ese Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, que “ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio; que está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies” (Heb 10,12). El último enemigo será la muerte, dirá San Pablo. Se trata de servirle acercándole al hombre –¡a las almas!– para que “con corazón sincero y lleno de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura”, como enseña la Carta a los Hebreos, encuentren “en virtud de la sangre de Jesús el camino nuevo y vivo que Él ha inaugurado para nosotros”: Él, que ha dado la vida por sus amigos, nos llama y nos consagra para que actuemos “en su nombre” como “Cabeza de la Iglesia”, en decir, en “su Persona”, haciendo las veces como un “alter Christus”: ¡otro Cristo! ¿Exageraremos al emplear esta fórmula de definición del sacerdocio ministerial, ontológicamente distinto del sacerdocio común de todos los bautizados, tan cultivada espiritualmente en los ambientes renovadores de los Seminarios de nuestra juventud? Sí exageraríamos, ciertamente, en la autovaloración cristológica de nuestro sacerdocio, si no supiéramos que de su auténtico, fiel y entregado ejercicio en la Palabra, en los Sacramentos y en la Cura pastoral de nuestras comunidades está pendiendo la salvación de las almas, es decir, el bien integral y pleno del hombre. Exageraríamos, si pretendiésemos ignorar que a nuestras manos consagradas y a nuestro corazón sacerdotal se nos ha confiado la obra de su amor más grande: la actualización permanente de su sacrificio redentor en el Sacramento de la Eucaristía. Pero también exageraríamos si no supiésemos, además, lo que el Señor ha hecho con nosotros desde antes y después de los primeros pasos de nuestras vidas y, sobre todo, en el momento de nuestra ordenación sacerdotal; si ignorásemos que nos ha hecho sus amigos al darnos a conocer desde el principio de esa amistad, que ha ido madurando a lo largo de toda nuestra vida, todo lo que ha oído a su Padre. Su amor más grande se ha volcado en nosotros y con nosotros para que fuésemos y diésemos fruto de amor misericordioso, de amor salvador entre nuestros hermanos, y ese fruto perdure (Cfr. Jn 15, 9-17). Él, queridos ordenandos, nunca nos ha retirado su amistad; su amor misericordioso nos ha sostenido siempre pese a todos nuestros fallos y debilidades.

4. ¿Cómo, pues, no van a encontrar en el corazón de sus sacerdotes eco permanentemente vivo las múltiples necesidades materiales y espirituales de los

hombres? A un Sacerdote, “otro Cristo”, le duelen intensamente las miserias y pobreza de todo género, las angustias y preocupaciones personales, familiares y profesionales de sus hermanos. Le lastiman en lo más interno y sensible de su interior. Un verdadero sacerdote de Jesucristo no puede por menos de sentirse herido por la pobreza que sufren tantas personas, cercanas y lejanas, por el desamparo de tantos niños desde el momento de su concepción hasta su mayoría de edad, por el abandono de los ancianos y enfermos crónicos, etc. Pero mucho más les duele el pecado, origen de tanto mal y que mata el alma y los corazones de los hombres, atenazándoles y esclavizándoles en su libertad. Ese es el mal de los males: el pecado que amenaza el destino temporal y eterno de los hombres que se nos confían. Ese abismo del pecado y de la muerte eterna, en la que se puede deslizar el hombre, es el que explica, en ultimidad, el origen, el sentido y la esencia del Sacerdocio Nuevo de Jesucristo. Él es al mismo tiempo Sacerdote, Víctima y Altar, que ofrece en la Cruz, una vez para siempre, el sacrificio de su propia carne y sangre, entregadas misericordiosamente por nosotros y por nuestra salvación. Es este contexto teológico y existencial de la oblación sacerdotal del Señor Resucitado en el que se explica, en definitiva, que los sacerdotes de Jesucristo estén llamados a ser y a vivir su vocación y ministerio como un ‘alter Christus’, ‘otro Cristo’”.

5. Y, si a quien mucho ama, mucho se le perdona, como aclaraba Jesús al fariseo, delante de la mujer pecadora, cuánto más habremos de amar nosotros, queridos diáconos, a ese Jesús que no sólo nos ha perdonado y perdona nuestras debilidades, inconstancias y hasta nuestras infidelidades, sino que, incluso, nos llama “sus amigos”, “sus elegidos”. En su “oración sacerdotal”, dirigida al Padre ante la inminencia de su Sacrificio y Oblación en la Cruz, Jesús se acuerda en primer y preferente lugar de “los suyos”, “sus discípulos”: ruega por ellos, “pro eis”. “Por ellos ruego ¡no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío... Padre Santo, cuida en tu nombre a los que me has dado” (Jn 17,9-11). Nuestra respuesta a la grandeza espiritual de la vocación recibida no puede ni debe ser otra que la de nuestro sentido y rendido amor: la de la elección decidida y firme del camino de la santidad sacerdotal para nuestras vidas y para el ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal: ¡el camino de la ardiente caridad pastoral! ¡el camino apostólico de Pablo, el apóstol enamorado de Cristo, como ningún otro! Caridad pastoral y santidad van estrechamente unidas en la existencia personal del sacerdote; más aún, pertenecen inexcusablemente, conformándola, a la experiencia integral de ser y de vivir como sacerdote de Jesucristo. Santa Teresa de Jesús –cuya fecha de nacimiento se fija también en un 28 de marzo, el del año 1515– nos enseña con una finura espiritual

insuperable, válida también para nuestro corazón sacerdotal, cómo hay que responder a quien nos ha preferido y distinguido con tanto y tan misericordioso amor:

“Vuestra soy, pues me criaste,
vuestra, pues me redimiste,
vuestra, pues me sufriste,
vuestra, pues que me llamaste,
vuestra, porque me esperaste,
vuestra, pues no me perdí:
¿qué mandáis hacer de mí?”

¿Podréis ofrecer hoy, el día de vuestra ordenación sacerdotal, queridos diáconos, algo mejor y más precioso al Señor, que os elige y consagra como sus sacerdotes, que vuestra total disponibilidad, afirmada y prometida en vuestro celibato sacerdotal? Decidle a Cristo con el corazón confiado y valiente: ¿qué mandáis hacer de mí? ¡No os arrepentiréis nunca de serle fieles! Yo fui ordenado sacerdote cuando había cumplido 22 años. En sintonía plena con el Siervo de Dios, el querido e inolvidable Juan Pablo II, y con las mismas palabras que él dirigió a los jóvenes de España en la Vigilia Mariana de Cuatro Vientos el 3 de mayo del 2003 os digo yo también: “al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!”.

7. La historia de toda vocación y vida sacerdotales –la mía ya larga, la vuestra en los primeros y gozosos pasos de su realización– acontece y se desarrolla en la Iglesia, al calor espiritual del amor del Espíritu Santo que la une en “comunidad” de corazones y de vidas. El amor en la Iglesia y de la Iglesia es amor maternal. ¡Cómo tenemos que agradecer a todas aquellas personas, fieles de esa Iglesia, que han sido los instrumentos providenciales de ese amor para nosotros y para el conocimiento y crecimiento sobrenatural de nuestra vocación! ¿Y cómo no colocar en el primer lugar de esta gratitud a nuestros padres y, muy especialmente, a nuestras propias madres, aliento siempre de nuestra esperanza en el itinerario de nuestro sacerdocio y en la llegada a la meta de la ordenación sacerdotal? Luego vienen los hermanos y las hermanas –¡cuánto le debemos a algunas de ellas!– y los familiares... y la compañía humana y espiritual de los sacerdotes de nuestras parroquias y movimientos, nuestros formadores y profesores, nuestros entrañables amigos, ¡tantos y tan valiosos!, especialmente los amigos y hermanos sacerdotes... Todos nos

han hecho sentir en los momentos fáciles y menos fáciles, a veces incluso en encrucijadas difíciles de nuestro camino, comprensión, apoyo y amor: ¡amor maternal de la Iglesia! ¡de la Santa Madre Iglesia! Y ¿cómo no reconocer con sentimientos de especial gratitud la inestimable e imprescindible compañía de la oración de tantas almas buenas que en lo escondido oran por nosotros? Entre ellas destacan con una singular cercanía las hermanas de las comunidades de vida contemplativa que nunca nos fallan y siempre nos sostienen con la ofrenda “esponsal” de sus vidas a Jesucristo, el Esposo de la Iglesia. Ofrenda la suya que impregna “sacerdotalmente” la maternidad espiritual de la Iglesia, la articula, la hace fluir y aplica de modo insigne. Toda la maternidad de la Iglesia descansa en la Maternidad de María, que es la Madre del Sumo Sacerdote y, por tanto, Madre singular de todos los sacerdotes. De María bebe la Iglesia el agua de su maternidad espiritual. ¡María es la Madre de la Iglesia! Nuestros agradecimientos, tan salidos del alma, auténticos y frágiles a la vez en su débil consistencia humana, los ponemos, gozosos, en la patena de nuestra celebración eucarística: de la Acción de Gracias a Dios Padre por el Hijo en la gracia del Espíritu Santo. A su amor misericordioso debemos nuestra elección y nuestra vocación. “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor”, nos sigue diciendo Jesús (Jn, 15,9). ¡A su amor lo debemos todo! Nuestra gratitud se dirige también con afecto y confianza filial a María, Nuestra Señora y Madre de la Iglesia y tierna Madre nuestra. A Ella, invocada en Madrid con emoción creciente como Virgen de La Almudena, confiamos, queridos diáconos, nuestro presente y futuro ministerial.

A Ella os encomiendo. A Ella, encomiendo vuestro sacerdocio. A Ella, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra, me encomiendo yo también en esta acción de gracia que la misericordiosa del Señor nos ha concedido vivir. ¡Que interceda ante su Hijo, Sumo y Eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, para que nos haga valientes y humildes predicadores del Evangelio y fieles dispensadores de sus Misterios!

Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

CANÓNIGO PENITENCIARIO DE LA S.I. CATEDRAL METROPOLITANA DE MADRID: Ilmo. Sr. D. Alberto Andrés Domínguez (renovación): 15-3-2009.

PÁRROCO

De Jesús Divino Obrero: P. Carlos Recas Mora, O.P. (3-03-2009)

VICARIO PARROQUIAL

De Nuestra Señora de las Delicias: D. Pedro Sabe Andreu (3-03-2009).

ADMINISTRADOR PARROQUIAL

De la Parroquia de Santa María de la Merced, de las Rozas: P. Fernando Borges Pinto, O.M.D. (20-3-2009).

ADSCRITO

De Nuestra Señora de África: D. Raimundo Iraita Ruiz, de la diócesis de Trujillo (Perú) (3-03-2009).

OTROS OFICIOS

Capellán de las Celadores del Culto Eucarístico: D. José María Jiménez Velandía (3-3-2009).

Capellán del Crematorio del Cementerio de la Almudena: D. José Hipólito Purizaca Sernaqué, de la diócesis de Trujillo (Perú) (3-3-2009).

Coordinador de Pastoral Juvenil de la Zona de la Sierra de la Vicaría VII: D. Roberto Rey Juárez (3-3-2009).

Capellán de las Hermanitas de los Pobres (calle Almagro): D. Macario Álvarez Simón (10-3-2009).

Capellán de las Residencia de Mayores de la Comunidad de Madrid, de Colmenar Viejo: D. Antonio del Amo Camacho (10-3-2009).

Director Espiritual de ANFE: D. José Pereira Lorenzo (10-3-2009).

Capellán de la Comunidad Greco-Católica Rumana: D. Bogdan Vasile Buda (20-3-2009).

Capellán del Monasterio de las Descalzas Reales: D. Carlos Antonio Cerezuela García (24-3-2009).

Capellán del Monasterio de Oblatas de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote: D. Sergio Hernández Andrino (24-3-2009).

DEFUNCIONES

El día 7 de marzo de 2009 falleció DOÑA ANGELITA BLANCO, madre de Rvdo. Sr. D. Ángel López Blanco, sacerdote diocesano de Madrid, Párroco de la Parroquia de Santa María de la Esperanza, de Alcobendas (Madrid).

El día 9 de marzo de 2009 falleció el Rvdo. Sr. D. EMILIO PEREÑA VICENTE, sacerdote castrense jubilado. Colaboraba en la Parroquia de Santa Teresa de Jesús, de Tres Cantos (Madrid).

El día 10 de marzo de 2009 falleció el R.P. JOSÉ LUIS HERREROS CARRALCAZAR, religioso carmelita. Nació el 19-4-1953. Ordenado el 15-7-1983. Ha sido párroco de Santa María del Monte Carmelo, de Madrid, desde el 5 de junio de 1996.

El día 12 de marzo de 2009, DOÑA JOSEFA GONZÁLEZ, madre del sacerdote D. Enrique Cabrera González, párroco de la Parroquia de Nuestra Señora del Enebral, de Collado Villalba (Madrid).

El día 26 de marzo de 2009 ha fallecido, el Rvdo Sr. D. URBANO MELENDO MILLÁN, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Noviercas (Soria), el 8 de enero de 1931. Ordenado en Burgo de Osma, el 19 de junio de 1955. Incardinado en Madrid, el 13 de noviembre de 1996. Fue profesor del Co-

legio 'Isabel la Católica' (1973); Oficial Archivero de la Curia Diocesana (1978); Oficial del Archivo Histórico de la Curia Diocesana (1998); archivero del Archivo Histórico diocesano (2002).

El día 31 de marzo de 2009 ha fallecido Monseñor JACINTO ALCÁNTARA GARRIDO, sacerdote diocesano de Madrid. Nacido en Valdeavero (Madrid) el 3-7-1918. Fue ordenado sacerdote en Madrid el 3-4-1944. Fue ecónomo de Somosierra (1944-1948), ecónomo de Alcobendas (1948-1957), párroco de San Juan Bautista (1957-1996), arcipreste de San Juan Bautista (1991-1994). Estaba jubilado y colaboraba en la Parroquia de San Juan Bautista. Prelado de Honor de Su Santidad (19-3-20006).

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. MARZO 2009

Día 1: confirmaciones en la Parroquia de San Félix

Día 3: Visita a una comunidad de seminaristas

Día 4: Consejo Economía CEE

Visita a una comunidad de seminaristas

Día 5: Firma de la Fundación 'Madrid vivo'

Consejo Episcopal

Día 6: Misa de primer viernes de marzo en Jesús de Medinaceli

Día 7: Misa en la Jornada Diocesana de Apostolado Secular

Jornada Diocesana de Enseñanza

Día 8: Misa de inauguración de obras en Rascafría

Día 9: visita al Seminario Redemptoris Mater

Día 10: 10,30 horas, Consejo Episcopal

* 18,30 horas, Consejo de Cáritas

Día 11: Visita pastoral a la parroquia Nuestra Señora de los Dolores

Día 12: Comité Ejecutivo

Día 13: Charla Cuaresmal en el CEU

Día 14: Clausura de la visita pastoral al Arciprestazgo Nuestra Señora de los Dolores

Día 15: Confirmaciones en la Parroquia de Santa Matilde

Días 16, 17 y 18: Roma

Día 18: 20,00 horas, Misa en la parroquia de los Doce Apóstoles, con motivo de las bodas de oro de la Obra de la Iglesia.

Día 19 de marzo: 20,00 horas, Visita la parroquia de Santa María Soledad Torres Acosta y San Pedro Poveda.

Día 20: Consejo Episcopal

Día 21: Misa con Universitarios en la Catedral

Día 22: Misa en la parroquia San Sebastián Mártir, de Carabanchel

Día 24: Consejo Episcopal

Visita pastoral a la parroquia San Fermín de los Navarros

Día 25: Consejo Presbiteral en Los Molinos

* Misa en la Catedral en la Jornada Pro-Vida

Día 26: Consejo Presbiteral en Los Molinos

Días 27 y 28: Celebración de las Bodas de Oro del Sr. Cardenal

Día 29: Clausura de la visita pastoral al arciprestazgo de Santa Teresa y Santa Isabel.

Día 30: Pregón de Semana Santa en la Catedral.

Día 31: Consejo Episcopal.



Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Rvdo. Sr. D. Antonio de Padua CASTRO ROLDÁN, Capellán del Instituto de HH. Mercedarias de la Caridad en Alcalá de Henares. 01/03/2009.

DEFUNCIONES

El día 28 de marzo de 2009 falleció Dña. Victorina BARTOLOME MEDINA, madre de nuestra colaboradora Dña. M^a Carmen Bartolomé Bartolomé.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

CONFIRMACIONES

Día 29. Parroquia de La Asunción de Nuestra Señora (Pezuela de las Torres). Vicario episcopal: D. Pedro Luis Mielgo Torres.

Día 29. Parroquia de San Pedro Apóstol (Olmeda de las Fuentes). Vicario episcopal: D. Pedro Luis Mielgo Torres.

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día veinte, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, en Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal Diocesana, correspondiente al presente mes de enero y presidida por el Sr. Administrador Diocesano.

Se inició la Jornada rezando la Hora Tertia en la Capilla.

A continuación se pasó a tener una sesión de trabajo y reflexión sobre la vida como don a la luz de la Instrucción “Dignitas Personae”. La exposición estuvo a cargo del Profesor Juan Pérez Soba, Catedrático de la Facultad de Teología S. Dámaso, de Madrid. Después tuvo lugar un enriquecedor diálogo con los sacerdotes.

Tras diversas informaciones, concluyó esta Jornada, con la comida, en un ambiente fraterno.

CRÓNICA DEL ENCUENTRO DIOCESANO CON NIÑOS

¡Cristo vive... en 1.500 niños!

Después de más de un mes de preparaciones entre la Parroquia de San Juan Bautista de Arganda del Rey y el Secretariado Diocesano de Infancia y Juventud, tuvo lugar el **Encuentro Diocesano de Niños** el pasado sábado 7 de marzo.

Las calles cortadas de Arganda daban paso a los autobuses para la acogida de las parroquias **de toda nuestra Diócesis: 1.500 niños**, catequistas, padres, seminaristas y sacerdotes bajo el lema paulino «**Cristo vive en mí**» (cf. Ga 2, 20).

Cuando todos estábamos preparados, *nuestro San Pablo* dio paso a una presentación sobre el **Año Paulino, del cual nuestra Parroquia es sede jubilar**. Después, tuvieron lugar las catequesis por grupos en torno al sacramento de la Reconciliación: una veintena de sacerdotes **administraron el perdón a todo aquel que quiso confesarse**.

Todos ensayamos cantos de alabanza antes de bajar al templo **para celebrar la Eucaristía**. Otro de los pasos a seguir para ganar el Jubileo Paulino: la Comunión. Una vez terminada la celebración eucarística, comimos, jugamos y realizamos, como taller, una carpeta **para conocer más a San Pablo**.

Con el corazón lleno de alegría por **sentir que Cristo vive en cada uno de nosotros**, finalizó el Encuentro Diocesano de Niños. Desde aquí queremos dar gracias, también, a todos los que hicieron posible que este Encuentro Diocesano **fuera un éxito**.

Y el año que viene... ¡a por los 2.000!

CRÓNICA DE LA JORNADA DE CATEQUESIS

El sábado día 14 a las 10h. acudieron a la convocatoria que se les hacía desde el Secretariado Diocesano de Catequesis, un nutrido grupo de catequistas de la Diócesis de Alcalá, dispuestos a celebrar el Encuentro Diocesano de Catequistas.

Bajo el lema “La Palabra, vida del catequista” se desarrolló el Encuentro en las instalaciones del Palacio Arzobispal. Las conferencias formativas corrieron a cargo del Dr. D. Manuel González López-Corps de la Facultad de Teología San Dámaso y de D. Juan José Echevarría de la Sociedad Bíblica.

Este curso en que la Iglesia Universal ha celebrado el Sínodo de los obispos en torno a la Palabra de Dios y que en nuestra diócesis el acercamiento a la Palabra era uno de los objetivos prioritarios, desde el Secretariado de Catequesis se ha querido abordar el tema de la importancia de la Palabra de Dios para la espiritualidad del catequista y en la acción catequética.

Presidió el Encuentro nuestro Administrador Diocesano, D. Florentino Rueda, que comenzó sus palabras con un afectuoso recuerdo a nuestro obispo electo, D. Juan Antonio Reig Pla.

El Encuentro fue clausurado a las 17 h. después de un día intenso y gozoso y con la alegría de habernos reunido en el nombre del Señor para cultivar nuestra formación y el deseo de ser sus testigos en medio del mundo.

CRÓNICA DE LA V SEMANA POR LA VIDA

Como es tradicional en la Diócesis, alrededor del 25 de Marzo —Jornada por la Vida— este año hemos celebrado la “V Semana por la Vida” en colaboración estrecha con la Asociación Provida de Alcalá.

El día 21 de Marzo, se celebró en el Centro de Salud de la Calle Santiago, una conferencia dictada por D^a Lourdes Méndez Monasterio, Diputada en Cortes y ponente en la Subcomisión del Aborto, que tuvo su continuación el día 28 —el siguiente sábado— con la participación en otra conferencia, esta vez en el Palacio Arzobispal de la Diócesis de Alcalá, de D. José Jara Rascón, Presidente de la Asociación de Bioética de la Comunidad de Madrid.

El acto, que tuvo como presidente a D. Florentino Rueda Recuero, Administrador Diocesano de la Diócesis, fue introducido por el Director del Secretariado, D. César Alzola García, que dijo que una sociedad es verdaderamente fuerte y avanzada cuando defiende al más débil, haciendo especial hincapié en el niño en período de gestación, la persona nace con algún defecto o discapacidad y el anciano que ya no es “productivo” socialmente hablando.

Después del acto compartimos un refresco, y nos desplazamos a la Plaza de Cervantes, donde rezamos el Rosario por la Vida. Al finalizar el mismo, precedidos por una gran pancarta que hacía alusión al lema de la Conferencia Episcopal —“¿Y yo? Protege mi vida”—, recorrimos la Calle Mayor hasta la Plaza de los

Santos Niños, iluminados por la luz de las velas que portábamos los asistentes. Al llegar a la Catedral fuimos depositándolas al pie del Niño Dios, y comenzamos la Vigilia por la Vida, de nuevo presidida por D. Florentino. Con la Catedral llena de fieles, el Sr. Administrador Diocesano habló de la urgencia en la defensa de la vida, que es tarea que incumbe a todos los creyentes.

Acabaron los actos con una oración especial por la vida en todas las parroquias de nuestra Diócesis.



a los que le buscan que eleven su mirada al Dueño de la mies, y le rueguen que mande trabajadores a su mies.

Esa participación en la entrega de Jesús, fruto de una llamada, es lo que llamamos vocación.

Todos somos llamados por el Señor. Todos, en comunión con Jesús, somos invitados a una vocación de servicio a los hombres. Y cada uno debe estar muy atento para descubrir qué es lo que Dios quiere de él. Pero hay una vocación que destaca por encima de todas. No destaca porque los llamados sean mejores que los otros. Todos somos iguales ante Dios y la vocación de todos es la santidad. Dios quiere que siguiendo a su Hijo Jesucristo y estando íntimamente unidos a Él, por el don del Espíritu Santo, en su vida, en su muerte y en su resurrección alcancemos, como hombres, en las más diversas tareas, la cima de la perfección. (cf. Mt 5,4). Sin embargo hay una vocación que destaca, entre todas, porque sostiene a todas y todas la sostienen a ella.

Es la vocación al ministerio sacerdotal. Sin ministerio sacerdotal no hay Eucaristía y sin Eucaristía no hay Iglesia. El sacerdote es esencial en la Iglesia, porque desde esa vinculación especial al Misterio Eucarístico, hace presente, con su vida y su entrega a los hombres, al mismo Cristo, anunciando la Palabra de Dios, perdonando los pecados y guiando con amor al Pueblo de Dios.

El apóstol Pablo, seguidor entusiasta de Cristo, cuya figura y doctrina estamos meditando en este Año Jubilar Paulino, es un ejemplo vivo de fidelidad a la llamada de Dios. Es el ejemplo de un hombre que, aun reconociendo su fragilidad, se deja guiar y transformar por la gracia de Dios. Él mismo lo reconoce con humildad: *“Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí”* (1 Cor 15,10).

La gracia hace milagros. Lleno de esta gracia y apoyado en ella, Pablo, da testimonio en sus cartas de que, a la luz del Salvador, la vida del hombre se ilumina y todo, en ella adquiere firmeza. Pablo, con su fortaleza apostólica y su amor a la cruz salvadora de Cristo, es un ejemplo luminoso para los que sienten la llamada del Señor a seguirle, sin miedo, en el ministerio sacerdotal.

Os animo, no sólo en este “Día del Seminario”, sino de forma habitual y espontánea a sentir como algo muy vuestro y muy querido, el Seminario de Getafe. En él se están formando vuestros futuros pastores. Os pido que sintáis sus proble-

mas, incluso económicos, como algo que debemos afrontar entre todos, cada uno según sus posibilidades.

Animo a las familias cristianas a ser pequeñas Iglesias domésticas en las que se valore la importancia del ministerio sacerdotal y se hable de los sacerdotes con amor y respeto.

Los seminaristas han salido de vuestros hogares, y de vosotros recibieron la semilla de la fe y de la vocación. Si en algún hijo vuestro resuenan con insistencia las palabras del Señor: “*La mies es abundante y los obreros pocos*” y siente, por una llamada especial de Cristo, el deseo de seguirle como sacerdote suyo, ayudadle y animadle en sus deseos de generosidad. Un sacerdote en la familia es siempre un don de Dios.

Animo a los sacerdotes a vivir su sacerdocio con entusiasmo. Ayudad a los jóvenes a despertar en ellos la pregunta sobre el sentido de su vida y sobre la posibilidad de ser llamados por Cristo al sacerdocio. En el origen de muchas vocaciones está, casi siempre, el ejemplo de una vida sacerdotal santa.

Animo a los catequistas, que trabajáis con niños y jóvenes, a ser para ellos testigos de la fe. La misión del catequista es poner al catecúmeno en relación con Cristo y con la Iglesia. Ayudadles al encuentro con Cristo. La fe es un encuentro con Cristo. Y la vocación es uno de los frutos preciosos de ese encuentro. A todos os pido que sostengáis con vuestra oración la vida del Seminario.

De una manera especial se lo pido a nuestras queridas comunidades contemplativas: su oración y la entrega de sus vidas al Señor son el soporte más firme de las vocaciones sacerdotales. El Seminario no es una institución más, entre otras; es el corazón mismo de la Diócesis que, junto al Corazón de Cristo, en el Cerro de los Ángeles y bajo el amparo maternal de la Virgen de los Ángeles y de su esposo San José, acompaña y cuida a los que dijeron un día “si” al Señor. Que ellos, con la ayuda de la gracia lleguen a hacer presente en nuestra Diócesis, como sacerdotes de Cristo, el amor compasivo y misericordioso de Dios a los hombres.

Con mi bendición y afecto:

† Joaquín María López de Andujar
Obispo de Getafe
Getafe, 1 de Marzo de 2009

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Dña. Angelita Fernández Martínez, Presidenta de la Adoración Nocturna Femenina de la Diócesis de Getafe, el 1 de marzo de 2009.

D. Francisco Javier Expósito Soriano, Director de los Archivos de la Curia de Getafe, el 19 de marzo de 2009.

DEFUNCIONES

Dña. Nieves Villacorta Pérez, madre de D. Abilio Hospital Villacorta, Vicario Parroquial de Nuestra Señora de Zarzaquemada, Leganés, falleció en Palencia el 10 marzo de 2009, a los 95 años de edad

D. Lorenzo Gallego García, Padre de Fernando Gallego Bermejo, Párroco de Asunción de Nuestra Señora, de Arroyomolinos, falleció en el mencionado municipio, el día 19 de marzo de 2009, a los 77 años de edad. Tenía dos hermanos y dos nietos.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



VIII Jornada Nacional por la Vida

LA VERDADERA JUSTICIA:
PROTEGER LA VIDA DE QUIENES VAN A NACER
Y AYUDAR A LAS MADRES

Nota de los Obispos de la Subcomisión Episcopal
para la Familia y Defensa de la Vida

25 de marzo de 2009

1. La Iglesia es «el pueblo de la vida y para la vida»[1]

La vida de cada persona, con toda su integridad y dignidad, está en el corazón del ser y de la misión de la Iglesia, ya que hemos sido creados por el amor de Dios: «antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes de que nacieses, te tenía consagrado» (Jr 1, 5), y hemos sido redimidos por la sangre de Aquel que es, «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6). Jesucristo ha venido a nuestro encuentro para que los hombres «tengan vida y la tengan en abundancia»

[1] *Evangelium vitae*, 78.

(Jn 10, 10). Aquí radica el núcleo principal de la misión pastoral de la Iglesia orientada a que la vida terrena de todo hombre alcance su plenitud, participando en la comunión con Dios Padre, acogiendo la vida nueva otorgada por Jesucristo en virtud del don del Espíritu Santo. De esta manera, somos el pueblo llamado a custodiar, anunciar y celebrar el Evangelio de la vida.

Son muchos los esposos que, con generosa responsabilidad, reciben los hijos como el don más precioso del matrimonio. Muchas familias que en virtud de una clara opción por la vida, acogen a niños abandonados, a muchachos y jóvenes con dificultades, a discapacitados y a ancianos que viven solos. Numerosos grupos de voluntarios se dedican a dar hospitalidad a quienes no tienen familia. La Iglesia, siguiendo el ejemplo de Jesús, buen samaritano, siempre ha estado en la vanguardia de la caridad efectiva.

Junto a estos hechos esperanzadores, constatamos la negación de la dignidad propia de la persona humana, desde su concepción hasta su muerte natural, por parte de aquellos que defienden la despenalización del aborto o de la eutanasia.

Tenemos que afirmar una vez más que «toda amenaza a la dignidad y a la vida del hombre repercute en el corazón mismo de la Iglesia, afecta al núcleo de su fe»[2]. En este sentido, con profundo dolor, contemplamos cómo esta amenaza a la vida se intensifica en nuestro país ante la anunciada reforma de la ley del aborto, y por eso nos urge «hacer llegar el Evangelio de la vida al corazón de cada hombre y mujer e introducirlo en lo más recóndito de toda la sociedad»[3].

2. La verdadera justicia: proteger la vida de quienes van a nacer y ayudar a las madres

En nuestra sociedad se va asumiendo una grave deformación de la verdad en lo que respecta al aborto, que es presentado como una elección justa de la mujer destinada a solucionar un grave problema que le afecta de manera dramática. Se llega incluso a incluir el aborto dentro de los llamados «derechos a la salud reproductiva». Sin embargo, la auténtica justicia pasa por la custodia del niño que

[2] *Ibíd.*, 3.

[3] *Ibíd.*, 80.

va a nacer y el apoyo integral a la mujer para que pueda superar las dificultades y dar a luz a su hijo.

Esta situación va a acompañada de una evidente paradoja: cada vez es mayor la sensibilidad en nuestra sociedad sobre la necesidad de proteger los embriones de distintas especies animales. Existen leyes que tutelan la vida de estas especies en sus primeras fases de desarrollo. Sin embargo, la vida de la persona humana que va a nacer es objeto de una desprotección cada vez mayor.

a). El derecho del niño

El derecho primero y más fundamental es el derecho a la vida. La mal llamada interrupción voluntaria de la vida del niño en sus primeras fases de desarrollo supone una clara injusticia y una grave violación de los derechos fundamentales de la persona[4].

Esta violación del derecho fundamental del niño a la vida está revestida de un especial dramatismo ante el hecho de que los que atentan contra el ser más indefenso e inocente o lo dejan desamparado «son precisamente aquellos que tienen el encargo sagrado de su protección: la madre, el médico y el Estado»[5]. En este sentido, la ley positiva que deja desprotegido un derecho fundamental de la persona es una ley injusta[6].

[4] Cf. Card. T. Bertone, Los derechos humanos en el magisterio de Benedicto XVI. Discurso en la Conferencia Episcopal Española (5-02-2009): «No puede existir un orden social o estatal justo si no se respeta la justicia, y la justicia sólo puede alcanzarse con un previo respeto a los Derechos Humanos y a la dignidad natural de cada hombre, de cada persona humana, con independencia de la fase de su vida en que se encuentre».

[5] Cf. Conferencia Episcopal Española, «La vida y el aborto. Declaración de la Comisión Permanente» (5-02-1983) en Conferencia Episcopal Española, La vida humana, don precioso de Dios. Documentos sobre la vida (1974-2006), EDICE, Madrid, 2006, 79.

[6] En la conferencia antes citada, el Cardenal Bertone subrayaba el hecho de que «los derechos humanos son anteriores y superiores a todos los derechos positivos». Están «por encima» de la política y también por encima del «Estado-nación». Son verdaderamente supranacionales. Ninguna minoría ni mayoría política puede cambiar los derechos de quienes son más vulnerables en nuestra sociedad»: Card. T. Bertone, Los derechos humanos en el magisterio de Benedicto XVI. Discurso en la Conferencia Episcopal Española, (5-02-2009).

b). Defensa de la mujer y de la sociedad

Son muchas las personas que han asumido las falsedades divulgadas sobre el aborto hasta el punto de interpretarlo no como una acción intrínsecamente mala, sino como un bien que hay que defender o, a lo sumo, como un mal menor que hay que aceptar.

A este engaño contribuye no sólo la manipulación del lenguaje, sino, de una manera muy directa, la presentación del aborto como solución liberadora ante una situación dramática.

La realidad no es así. El hecho cierto, que casi siempre se oculta, es que el aborto produce una grave herida en la madre, sobre todo de carácter psicológico y moral, de tal manera que la mujer se constituye en víctima directa del aborto.

La defensa de la mujer no pasa por ofrecerle ayudas técnicas y económicas para abortar, ya que lejos de aliviar su situación, el aborto la agrava de una manera enormemente dolorosa: acaso «¿se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas?» (Is 49, 15). Por eso, la verdadera justicia pasa por la ayuda eficaz e integral a la mujer embarazada para que pueda acoger la vida de su hijo.

En esta tarea está comprometida toda la sociedad, afectada en sus mismas raíces por el drama del aborto, siendo necesario un compromiso político y legislativo para prevenir las causas del aborto y ofrecer a las mujeres todas las ayudas necesarias para llevar adelante su embarazo[7].

3. Una misión urgente: anunciar el Evangelio de la Vida

Toda persona humana «es mucho más que una singular coincidencia de informaciones genéticas que le son transmitidas por sus padres. La procreación de un hombre no podrá reducirse nunca a una mera reproducción de un nuevo individuo de la especie humana, como sucede con un animal. Cada vez que aparece una

[7] La prevención de las causas sociales y personales del aborto, y la insistencia en las ayudas a la mujer embarazada, ha sido un tema recurrente en el magisterio de los obispos españoles. Cf. Conferencia Episcopal Española, *La vida humana, don precioso de Dios. Documentos sobre la vida (1974-2006)*, EDICE, Madrid, 2006, 82-83; 94-99.

persona se trata siempre de una nueva creación»[8]. Estamos ante verdades que están iluminadas por la fe pero que son accesibles a la recta razón: «todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cf. Rm 2, 14-15) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término»[9].

Sin embargo, en no pocos de nuestros contemporáneos, esta luz de la razón se halla debilitada en un tema tan fundamental como el aborto. Por eso a quienes formamos el pueblo de la vida y para la vida nos urge la misión de iluminar las conciencias con la verdad, en todo su esplendor.

Esta es la razón por la que hemos dedicado el año 2009 a elevar una gran oración de súplica al Señor de la Vida a través de los materiales que se han enviado a las parroquias, monasterios de vida contemplativa, movimientos de apostolado seglar, etc.

Además queremos invitar a los miembros de la Iglesia a intensificar el trabajo de formación de las conciencias en lo que respecta al drama del aborto. Para facilitar esta labor formativa se han elaborado también unos materiales de ayuda a los que conviene dar la mayor difusión posible.

Por último, deseamos pedir a los creyentes un compromiso activo con todas las asociaciones eclesiales que tienen como fin la defensa de la familia y de la vida y que, gracias a Dios, cada vez son más numerosas en nuestro país. La causa de la vida humana nos pide colaborar también con todos los que trabajan en su defensa, que son también cada vez más. Con nuestro testimonio y apoyo queremos dar esperanza a las madres y a los padres que tienen dificultades para acoger a sus hijos. En la Iglesia han de encontrar el hogar en el que se descubren cuidados y donde pueden recibir las ayudas que necesitan.

Confiamos a nuestra Señora, Madre de los vivientes, los frutos de este año dedicado a la oración y a un mayor trabajo de formación y de compromiso activo en favor de las vidas humanas que van a nacer. Que ella nos ayude a vivir

[8] Benedicto XVI, Discurso a la Academia Pontificia para la Vida, 23-02-2009.

[9] *Evangelium vitae*, 2.

como «hijos de la luz» (Ef 5, 8) siendo constructores de una auténtica cultura de la vida.



Con nuestra bendición y afecto:

† Mons. Julián Barrio Barrio
Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Secular
† Mons. Juan Antonio Reig Pla,
Presidente de la Subcomisión para la Familia y Defensa de la Vida
† Mons. Francisco Gil Hellín
† Mons. Vicente Juan Segura
† Mons. Manuel Sánchez Monge
† Mons. Mario Iceta Gavicagogeascoa
† Mons. Gerardo Melgar Viciosa

tes de la Santa Sede. Espero contribuir de este modo a la paz en la Iglesia.

Una contrariedad para mí imprevisible fue el hecho de que el caso Williamson se sobrepusiera a la remisión de la excomunión. El gesto discreto de misericordia hacia los cuatro Obispos, ordenados válidamente pero no legítimamente, apareció de manera inesperada como algo totalmente diverso: como la negación de la reconciliación entre cristianos y judíos y, por tanto, como la revocación de lo que en esta materia el Concilio había aclarado para el camino de la Iglesia. Una invitación a la reconciliación con un grupo eclesial implicado en un proceso de separación, se transformó así en su contrario: un aparente volver atrás respecto a todos los pasos de reconciliación entre los cristianos y judíos que se han dado a partir del Concilio, pasos compartidos y promovidos desde el inicio como un objetivo de mi trabajo personal teológico. Que esta superposición de dos procesos contrapuestos haya sucedido y, durante un tiempo haya enturbiado la paz entre cristianos y judíos, así como también la paz dentro de la Iglesia, es algo que sólo puedo lamentar profundamente. Me han dicho que seguir con atención las noticias accesibles por Internet habría dado la posibilidad de conocer tempestivamente el problema. De ello saco la lección de que, en el futuro, en la Santa Sede deberemos prestar más atención a esta fuente de noticias. Me ha entristecido el hecho de que también los católicos, que en el fondo hubieran podido saber mejor cómo están las cosas, hayan pensado deberme herir con una hostilidad dispuesta al ataque. Justamente por esto doy gracias a los amigos judíos que han ayudado a deshacer rápidamente el malentendido y a restablecer la atmósfera de amistad y confianza que, como en el tiempo del Papa Juan Pablo II, también ha habido durante todo el período de mi Pontificado y, gracias a Dios, sigue habiendo.

Otro desacierto, del cual me lamento sinceramente, consiste en el hecho de que el alcance y los límites de la iniciativa del 21 de enero de 2009 no se hayan ilustrado de modo suficientemente claro en el momento de su publicación. La excomunión afecta a las personas, no a las instituciones. Una ordenación episcopal sin el mandato pontificio significa el peligro de un cisma, porque cuestiona la unidad del colegio episcopal con el Papa. Por esto, la Iglesia debe reaccionar con la sanción más dura, la excomunión, con el fin de llamar a las personas sancionadas de este modo al arrepentimiento y a la vuelta a la unidad. Por desgracia, veinte años después de la ordenación, este objetivo no se ha alcanzado todavía. La remisión de la excomunión tiende al mismo fin al que sirve la sanción: invitar una vez más a los cuatro Obispos al retorno. Este gesto era posible después de que los interesados reconocieran en línea de principio al Papa y su potestad de Pastor, a pesar de las

reservas sobre la obediencia a su autoridad doctrinal y a la del Concilio. Con esto vuelvo a la distinción entre persona e institución. La remisión de la excomunión ha sido un procedimiento en el ámbito de la disciplina eclesiástica: las personas venían liberadas del peso de conciencia provocado por la sanción eclesiástica más grave. Hay que distinguir este ámbito disciplinar del ámbito doctrinal. El hecho de que la Fraternidad San Pío X no posea una posición canónica en la Iglesia, no se basa al fin y al cabo en razones disciplinares sino doctrinales. Hasta que la Fraternidad no tenga una posición canónica en la Iglesia, tampoco sus ministros ejercen ministerios legítimos en la Iglesia. Por tanto, es preciso distinguir entre el plano disciplinar, que concierne a las personas en cuanto tales, y el plano doctrinal, en el que entran en juego el ministerio y la institución. Para precisarlo una vez más: hasta que las cuestiones relativas a la doctrina no se aclaren, la Fraternidad no tiene ningún estado canónico en la Iglesia, y sus ministros, no obstante hayan sido liberados de la sanción eclesiástica, no ejercen legítimamente ministerio alguno en la Iglesia.

A la luz de esta situación, tengo la intención de asociar próximamente la Pontificia Comisión «Ecclesia Dei», institución competente desde 1988 para esas comunidades y personas que, proviniendo de la Fraternidad San Pío X o de agrupaciones similares, quieren regresar a la plena comunión con el Papa, con la Congregación para la Doctrina de la Fe. Con esto se aclara que los problemas que deben ser tratados ahora son de naturaleza esencialmente doctrinal, y se refieren sobre todo a la aceptación del Concilio Vaticano II y del magisterio postconciliar de los Papas. Los organismos colegiales con los cuales la Congregación estudia las cuestiones que se presentan (especialmente la habitual reunión de los Cardenales el miércoles y la Plenaria anual o bienal) garantizan la implicación de los Prefectos de varias Congregaciones romanas y de los representantes del Episcopado mundial en las decisiones que se hayan de tomar. No se puede congelar la autoridad magisterial de la Iglesia al año 1962, lo cual debe quedar bien claro a la Fraternidad. Pero a algunos de los que se muestran como grandes defensores del Concilio se les debe recordar también que el Vaticano II lleva consigo toda la historia doctrinal de la Iglesia. Quien quiere ser obediente al Concilio, debe aceptar la fe profesada en el curso de los siglos y no puede cortar las raíces de las que el árbol vive.

Espero, queridos Hermanos, que con esto quede claro el significado positivo, como también sus límites, de la iniciativa del 21 de enero de 2009. Sin embargo, queda ahora la cuestión: ¿Era necesaria tal iniciativa? ¿Constituía realmente una prioridad? ¿No hay cosas mucho más importantes? Ciertamente hay cosas más importantes y urgentes. Creo haber señalado las prioridades de mi Pontificado en

los discursos que pronuncié en sus comienzos. Lo que dije entonces sigue siendo de manera inalterable mi línea directiva. La primera prioridad para el Sucesor de Pedro fue fijada por el Señor en el Cenáculo de manera inequívoca: «Tú... confirma a tus hermanos» (Lc 22,32). El mismo Pedro formuló de modo nuevo esta prioridad en su primera Carta: «Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (1 Pe 3,15). En nuestro tiempo, en el que en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. Jn 13,1), en Jesucristo crucificado y resucitado. El auténtico problema en este momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto.

Conducir a los hombres hacia Dios, hacia el Dios que habla en la Biblia: Ésta es la prioridad suprema y fundamental de la Iglesia y del Sucesor de Pedro en este tiempo. De esto se deriva, como consecuencia lógica, que debemos tener muy presente la unidad de los creyentes. En efecto, su discordia, su contraposición interna, pone en duda la credibilidad de su hablar de Dios. Por eso, el esfuerzo con miras al testimonio común de fe de los cristianos –al ecumenismo– está incluido en la prioridad suprema. A esto se añade la necesidad de que todos los que creen en Dios busquen juntos la paz, intenten acercarse unos a otros, para caminar juntos, incluso en la diversidad de su imagen de Dios, hacia la fuente de la Luz. En esto consiste el diálogo interreligioso. Quien anuncia a Dios como Amor «hasta el extremo» debe dar testimonio del amor. Dedicarse con amor a los que sufren, rechazar el odio y la enemistad, es la dimensión social de la fe cristiana, de la que hablé en la Encíclica *Deus caritas est*. Por tanto, si el compromiso laborioso por la fe, por la esperanza y el amor en el mundo es en estos momentos (y, de modos diversos, siempre) la auténtica prioridad para la Iglesia, entonces también forman parte de ella las reconciliaciones pequeñas y medianas. Que el humilde gesto de una mano tendida haya dado lugar a un revuelo tan grande, convirtiéndose precisamente así en lo contrario de una reconciliación, es un hecho del que debemos tomar nota. Pero ahora me pregunto: ¿Era y es realmente una equivocación, también en este caso, salir al encuentro del hermano que «tiene quejas contra ti» (cf. Mt 5,23s) y buscar la reconciliación? ¿Acaso la sociedad civil no debe intentar también prevenir las radicalizaciones y reintegrar a sus eventuales partidarios –en la medida de lo

posible- en las grandes fuerzas que plasman la vida social, para evitar su segregación con todas sus consecuencias? ¿Puede ser totalmente desacertado el comprometerse en la disolución de las rigideces y restricciones, para dar espacio a lo que haya de positivo y recuperable para el conjunto? Yo mismo he visto en los años posteriores a 1988 cómo, mediante el regreso de comunidades separadas anteriormente de Roma, ha cambiado su clima interior; cómo el regreso a la gran y amplia Iglesia común ha hecho superar posiciones unilaterales y ablandado rigideces, de modo que luego han surgido fuerzas positivas para el conjunto. ¿Puede dejarnos totalmente indiferentes una comunidad en la cual hay 491 sacerdotes, 215 seminaristas, 6 seminarios, 88 escuelas, 2 institutos universitarios, 117 hermanos, 164 hermanas y millares de fieles? ¿Debemos realmente dejarlos tranquilamente ir a la deriva lejos de la Iglesia? Pienso por ejemplo en los 491 sacerdotes. No podemos conocer la trama de sus motivaciones. Sin embargo, creo que no se hubieran decidido por el sacerdocio si, junto a varios elementos distorsionados y enfermos, no existiera el amor por Cristo y la voluntad de anunciarlo y, con Él, al Dios vivo. ¿Podemos simplemente excluirlos, como representantes de un grupo marginal radical, de la búsqueda de la reconciliación y de la unidad? ¿Qué será de ellos luego?

Ciertamente, desde hace mucho tiempo y después una y otra vez, en esta ocasión concreta hemos escuchado de representantes de esa comunidad muchas cosas fuera de tono: soberbia y presunción, obcecaciones sobre unilateralismos, etc. Por amor a la verdad, debo añadir que he recibido también una serie de impresionantes testimonios de gratitud, en los cuales se percibía una apertura de los corazones. ¿Acaso no debe la gran Iglesia permitirse ser también generosa, siendo consciente de la envergadura que posee; en la certeza de la promesa que le ha sido confiada? ¿No debemos como buenos educadores ser capaces también de dejar de fijarnos en diversas cosas no buenas y apresurarnos a salir fuera de las estrecheces? ¿Y acaso no debemos admitir que también en el ámbito eclesial se ha dado alguna salida de tono? A veces se tiene la impresión de que nuestra sociedad tenga necesidad de un grupo al menos con el cual no tener tolerancia alguna; contra el cual pueda tranquilamente arremeter con odio. Y si alguno intenta acercársele –en este caso el Papa- también él pierde el derecho a la tolerancia y puede también ser tratado con odio, sin temor ni reservas.

Queridos Hermanos, por circunstancias fortuitas, en los días en que me vino a la mente escribir esta carta, tuve que interpretar y comentar en el Seminario Romano el texto de Ga 5,13-15. Percibí con sorpresa la inmediatez con que estas frases nos hablan del momento actual: «No una libertad para que se aproveche el

egoísmo; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor. Porque toda la ley se concentra en esta frase: «Amarás al prójimo como a ti mismo». Pero, atención: que si os mordéis y devoráis unos a otros, terminaréis por destruiros mutuamente». Siempre fui propenso a considerar esta frase como una de las exageraciones retóricas que a menudo se encuentran en San Pablo. Bajo ciertos aspectos puede ser también así. Pero desgraciadamente este «morder y devorar» existe también hoy en la Iglesia como expresión de una libertad mal interpretada. ¿Sorprende acaso que tampoco nosotros seamos mejores que los Gálatas? Que ¿quizás estemos amenazados por las mismas tentaciones? ¿Que debemos aprender nuevamente el justo uso de la libertad? ¿Y que una y otra vez debemos aprender la prioridad suprema: el amor? En el día en que hablé de esto en el Seminario Mayor, en Roma se celebraba la fiesta de la Virgen de la Confianza. En efecto, María nos enseña la confianza. Ella nos conduce al Hijo, del cual todos nosotros podemos fiarnos. Él nos guiará, incluso en tiempos turbulentos. De este modo, quisiera dar las gracias de corazón a todos los numerosos Obispos que en este tiempo me han dado pruebas conmovedoras de confianza y de afecto y, sobre todo, me han asegurado sus oraciones. Este agradecimiento sirve también para todos los fieles que en este tiempo me han dado prueba de su fidelidad intacta al Sucesor de San Pedro. El Señor nos proteja a todos nosotros y nos conduzca por la vía de la paz. Es un deseo que me brota espontáneo del corazón al comienzo de esta Cuaresma, que es un tiempo litúrgico particularmente favorable a la purificación interior y que nos invita a todos a mirar con esperanza renovada al horizonte luminoso de la Pascua.

Con una especial Bendición Apostólica me confirmo.

Vuestro en el Señor

Benedictus PP. XVI

Vaticano, 10 de marzo de 2009.

VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE A CAMERÚN Y ANGOLA

Discurso de bienvenida al llegar a Camerún

17-03-2009

Señor presidente
señoras y señores que representáis a las autoridades civiles,
señor cardenal,
queridos hermanos en el episcopado,
queridos hermanos y hermanas:

Os doy las gracias por vuestra acogida. Y le doy las gracias a usted, señor presidente, por las amables palabras que me acaba de dirigir. Aprecio profundamente la invitación que se me ha hecho para venir aquí, a Camerún, y quiero expresarle en primer lugar mi gratitud, así como al presidente de la conferencia episcopal nacional, monseñor Tonyé Bakot. Os saludo a todos los que me honráis con vuestra presencia en esta ocasión, y deseo asegurar que me siento feliz de encontrarme aquí, con vosotros, en la tierra de África, por primera vez desde mi elección a la Sede de Pedro.

Saludo cordialmente a mis hermanos en el episcopado, así como a los sacerdotes y laicos que están aquí reunidos. Dirijo mi saludo respetuoso también a los representantes del gobierno, a las autoridades civiles, y a los miembros del Cuerpo Diplomático. Mientras vuestro país, al igual que muchos otros en África, se prepara para celebrar el quincuagésimo aniversario de su independencia, quiero unir mi voz

al coro de felicitaciones y de buenos deseos que os presentarán vuestros amigos de todo el mundo en esta feliz circunstancia. En esta asamblea, saludo también con reconocimiento a los miembros de otras confesiones cristianas y a los fieles de otras religiones. Al uniros hoy a nosotros, ofrecéis un signo elocuente de la buena voluntad y de la armonía que existen en este país entre las personas que pertenecen a las diferentes tradiciones religiosas.

Vengo entre vosotros como un pastor, vengo para confirmar a mis hermanos y hermanas en la fe. Es la misión que Cristo confió a Pedro en la Última Cena, y es la misión de los sucesores de Pedro. Cuando Pedro predicaba a las muchedumbres venidas a Jerusalén en Pentecostés, había entre ellos peregrinos procedentes de África. Y, en los primeros siglos del cristianismo, el testimonio de numerosos grandes santos de este continente —san Cipriano, santa Mónica, san Agustín, san Atanasio, por nombrar a unos pocos— muestra el lugar destacado de África en los anales de la historia de la Iglesia. Desde entonces y hasta nuestros días, innumerables misioneros y numerosos mártires han seguido dando testimonio de Cristo en toda África, y hoy la Iglesia es bendecida por la presencia de unos 150 millones de miembros. Por tanto, ¿cómo no podía venir el sucesor de Pedro a África para celebrar junto a vosotros la fe en Cristo, que da la vida; fe que apoya y alimenta a tantos hijos e hijas de este gran continente?

Aquí, en Yaundé, en 1995, mi venerable predecesor, Juan Pablo II, promulgó la exhortación apostólica postsinodal «Ecclesia in Africa», fruto de la primera asamblea especial del Sínodo de los Obispos para África, celebrada en Roma el año anterior. De hecho, el décimo aniversario de aquel momento histórico fue recordado con gran solemnidad en esta misma ciudad no hace mucho tiempo. He venido aquí para publicar el «Instrumentum Laboris» de la segunda asamblea especial, que tendrá lugar en Roma el próximo mes de octubre. Los padres sinodales reflexionarán juntos sobre el tema: «La Iglesia en África, al servicio de la reconciliación, de la justicia y la paz. ‘Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo’ (Mt 5, 13,14)». Después de casi diez años del nuevo milenio, este momento de gracia es un llamamiento a todos los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos del continente a entregarse nuevamente a la misión de la Iglesia de llevar esperanza a los corazones del pueblo de África, y de este modo también a los pueblos de todo el mundo.

También en medio de las más grandes dificultades, el mensaje cristiano trae siempre consigo esperanza. La vida de santa Josefina Bakhita ofrece un espléndido

ejemplo de la transformación que el encuentro con el Dios vivo puede provocar en una situación de gran sufrimiento e injusticia. Ante el dolor y la violencia, la pobreza, el hambre, la corrupción o el abuso del poder, un cristiano nunca puede quedarse en silencio. El mensaje salvífico del Evangelio exige ser proclamado con fuerza y claridad, de manera que la luz de Cristo pueda brillar en la oscuridad de la vida de las personas. Aquí, en África, al igual que en otras muchas partes del mundo, innumerables hombres y mujeres anhelan escuchar una palabra de esperanza y consuelo. Conflictos locales dejan miles de personas sin casa y desprotegidas, huérfanos y viudas. En un continente que, en el pasado, ha visto cómo muchos de sus habitantes eran cruelmente raptados y llevados a ultramar para trabajar como esclavos, el tráfico de seres humanos, especialmente de mujeres y niños inermes, se ha convertido en una moderna forma de esclavitud. En un momento de global escasez de comida, de confusión financiera, de cambios climáticos, África sufre de manera desproporcionada: un número creciente de sus habitantes acaba convirtiéndose en presa del hambre, de la pobreza, de la enfermedad. Gritan reconciliación, justicia, y paz, y esto es precisamente lo que la Iglesia les ofrece. No ofrece nuevas formas de opresión económica o política, sino la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Cf. Romanos 8,21). No impone modelos culturales que ignoran el derecho a la vida de los que todavía no han nacido, sino el agua pura salvífica del Evangelio de la vida. No promueve las rivalidades interétnicas, sino la rectitud, la paz y la alegría del Reino de Dios, descrito de manera sumamente apropiada por el Papa Pablo VI con estas palabras: «civilización del amor» (Cf. Mensaje para el Regina caeli, Pentecostés 1970).

Aquí, en Camerún, donde más de una cuarta parte de la población es católica, la Iglesia puede continuar con su misión de promoción del consuelo y la reconciliación. En el centro Cardenal Léger, podré observar personalmente la solicitud pastoral de esta Iglesia local por las personas enfermas y que sufren; y es particularmente digno de encomio el que los enfermos de sida en este país sean curados gratuitamente. El compromiso educativo es otro elemento-clave del ministerio de la Iglesia, y ahora vemos que los esfuerzos de generaciones de maestros misioneros dan su fruto en la obra de la Universidad Católica de África Central, un signo de gran esperanza para el futuro de la región.

Camerún es efectivamente tierra de esperanza para muchos en África Central. Miles de refugiados de los países de la región devastados por la guerra han sido acogidos aquí. Es una tierra de vida, con un gobierno que habla claramente en defensa de los derechos de los no nacidos. Es una tierra de paz: resolviendo a

través del diálogo el contencioso sobre la península Bakassi, Camerún y Nigeria han demostrado al mundo que una paciente diplomacia puede traer frutos. Es una tierra de jóvenes, bendita por una población llena de vitalidad e impaciente por construir un mundo más justo y pacífico. Justamente Camerún es descrito como un «África en miniatura», patria de más de doscientos grupos étnicos diferentes que viven en armonía los unos con los otros. Estas son otras tantas razones para alabar y dar gracias a Dios.

Al venir hoy entre vosotros, rezo para que la Iglesia, aquí y en toda África, pueda seguir creciendo en santidad, en el servicio a la reconciliación, a la justicia y la paz. Rezo para que el trabajo de la segunda asamblea especial del Sínodo de los Obispos pueda avivar la llama de los dones que el Espíritu ha derramado sobre la Iglesia en África. Rezo por cada uno de vosotros, por vuestras familias, y vuestros seres queridos, y os pido que os unáis conmigo en la oración por todos los habitantes de este gran continente. ¡Que Dios bendiga a Camerún! ¡Que Dios bendiga África! ¡Gracias!

CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS
DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Basílica María Reina de los Apóstoles,
barrio de Mvolyé - Yaundé
Miércoles 18 de marzo de 2009

Queridos Hermanos Cardenales y Obispos,
queridos sacerdotes y diáconos,
queridos hermanos y hermanas consagrados,
queridos amigos miembros de otras Confesiones cristianas,
queridos hermanos y hermanas:

Tenemos la alegría de reunirnos para dar gracias a Dios en esta basílica dedicada a María Reina de los Apóstoles, de Mvolyé, construida en el lugar donde fue edificada la primera iglesia levantada por los misioneros Espiritanos venidos para traer la Buena Nueva a Camerún. Así como el ardor apostólico de aquellos hombres abrazaba en su corazón a todo el País, este lugar abarca simbólicamente cada rincón de vuestra tierra. Por eso, esta tarde dirigimos nuestra alabanza al Padre de las luces, queridos hermanos y hermanas, en un ambiente de gran cercanía espiritual con todas las comunidades cristianas en las que ejercéis vuestro servicio.

En presencia de los representantes de las otras Confesiones cristianas, a los que dirijo un saludo respetuoso y fraterno, os propongo contemplar los rasgos característicos de San José a través de las palabras de la Sagrada Escritura que nos ofrece esta liturgia vespertina.

Jesús dijo a la multitud y a sus discípulos: «Uno solo es vuestro Padre» (Mt 23,9). En efecto, no hay más paternidad que la de Dios Padre, el único Creador «de todo lo visible y lo invisible». Pero al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, se le ha hecho partícipe de la única paternidad de Dios (cf. Ef 3,15). San José muestra esto de manera sorprendente, él que es padre sin ejercer una paternidad carnal. No es el padre biológico de Jesús, del cual sólo Dios es el Padre, y sin embargo, desempeña una plena y completa paternidad. Ser padre es ante todo ser servidor de la vida y del crecimiento. En este sentido, San José ha demostrado una gran dedicación. Por Cristo, ha sufrido la persecución, el exilio y la pobreza que de ello se deriva. Tuvo que establecerse en un lugar distinto de su aldea. Su única recompensa fue la de estar con Cristo. Esta disponibilidad explica las palabras de San Pablo: «Servid a Cristo Señor» (Col 3,24).

No se trata de ser un servidor mediocre, sino un siervo «fiel y juicioso». La unión de estos dos adjetivos no es casual: sugiere que tanto la inteligencia sin lealtad como la fidelidad sin sabiduría son cualidades insuficientes. La una sin la otra no permiten asumir plenamente la responsabilidad que Dios nos confía.

Queridos hermanos sacerdotes, debéis vivir en vuestro ministerio cotidiano esta paternidad. En efecto, la Constitución Conciliar *Lumen Gentium* subraya: los sacerdotes «han de preocuparse de los fieles que engendraron espiritualmente con el bautismo y la doctrina» (n. 28). Entonces, ¿cómo no volver sin cesar a la raíz de nuestro sacerdocio, el Señor Jesucristo? La relación personal con Él es constitutiva de lo que queremos vivir, la relación con Él, que nos llama sus amigos, pues todo lo que ha aprendido de su Padre, nos lo ha dado a conocer (cf. Jn 15,15). Viviendo esta profunda amistad con Cristo, encontraréis la verdadera libertad y la alegría de vuestro corazón. El sacerdocio ministerial conlleva una honda relación con Cristo que se nos da en la Eucaristía. Que la celebración de la Eucaristía sea verdaderamente el centro de vuestra vida sacerdotal, y así será también el centro de vuestra misión eclesial. En efecto, Cristo nos llama a participar en su misión durante toda nuestra vida, a ser sus testigos, para que se anuncie a todos su Palabra. Al celebrar este sacramento en nombre y en la persona del Señor, no es la persona del sacerdote la que ha de ponerse en primer plano: él es un servidor, un humilde instrumento

que señala a Cristo, porque Cristo mismo se ofrece en sacrificio para la salvación del mundo. «El que gobierne, pórtese como el que sirve» (Lc 22,26), dijo Jesús. Y Orígenes ha escrito: «José entiende que Jesús era superior a él mientras le era sumiso, y a sabiendas de la superioridad de su menor, José le mandaba con temor y mesura. Que todos reflexionen: a menudo, una persona de menor valía es colocada por encima de gente mejor que él, y a veces ocurre que el inferior vale más que aquel que parece mandar sobre él. Cuando alguien que ha sido elevado en dignidad comprenda esto, ya no se hinchará de orgullo por su rango más alto, sino que sabrá que su inferior puede ser mejor que él, al igual que Jesús estaba sujeto a José» (Homilía sobre San Lucas, XX, 5, SC p. 287).

Queridos hermanos en el sacerdocio, vuestro ministerio pastoral exige muchas renunciaciones, pero también es una fuente de alegría. En una relación de confianza con vuestros obispos, fraternamente unidos a todo el presbiterio, y con el apoyo del Pueblo de Dios que se os ha confiado, sabréis responder con fidelidad a la llamada que el Señor os hizo un día, como llamó a José para que cuidara de María y del Niño Jesús. Queridos sacerdotes, que seáis fieles a las promesas que habéis hecho a Dios ante vuestro Obispo y ante la asamblea. El Sucesor de Pedro os agradece vuestro generoso compromiso al servicio de la Iglesia y os alienta a no dejaros turbar por las dificultades del camino. A los jóvenes que se preparan para unirse a vosotros, así como los que aún tienen inquietudes, quisiera reiterarles esta tarde la alegría que comporta el entregarse totalmente al servicio de Dios y de la Iglesia. Tened la valentía de ofrecer un «sí» generoso a Cristo.

También a vosotros, hermanos y hermanas comprometidos en la vida consagrada o en los movimientos eclesiales, os invito a dirigir la mirada a San José. Cuando María recibió la visita del Ángel en la Anunciación, ella ya estaba prometida con José. Puesto que se dirige personalmente a María, el Señor asocia ya íntimamente a José al misterio de la Encarnación. Él aceptó unirse a esta historia que Dios había comenzado a escribir en el seno de su esposa. Por tanto, tomó consigo a María. Acogió el misterio que había en ella y el misterio que era ella misma. La amó con ese gran respeto que es el sello del amor auténtico. San José nos enseña que se puede amar sin poseer. Al contemplarle, cualquier hombre o mujer, con la gracia de Dios, puede ser llevado a la superación de sus dificultades afectivas, a condición de que entre en el proyecto que Dios ha comenzado a realizar ya en los que están cerca de Él, como José entró en la obra de la redención a través de la figura de María y gracias a lo que Dios ya había hecho en ella. Que vosotros, queridos hermanos y hermanas comprometidos en los movimientos eclesiales estéis

atentos a los que os circundan y mostréis el rostro amoroso de Dios a los más humildes, especialmente mediante la práctica de las obras de misericordia, la educación humana y cristiana de la juventud, el servicio de promoción de la mujer y de tantos otros modos.

También es muy significativa e indispensable para la vida de la Iglesia la contribución espiritual de las personas consagradas. Esta llamada a seguir a Cristo es un don para todo el Pueblo de Dios. Con la adhesión a vuestra vocación, imitando a Cristo casto, pobre y obediente, totalmente consagrado a la gloria de su Padre y al amor de sus hermanos y hermanas, tenéis como misión dar testimonio ante nuestro mundo, tan necesitado de ello, de la primacía de Dios y de los bienes futuros (cf. *Vita consecrata*, n. 85). Con vuestra fidelidad incondicional a vuestros compromisos, sois en la Iglesia un germen de vida que crece al servicio del Reino de Dios. En todo momento, pero de modo particular cuando la fidelidad es sometida a prueba, San José os recuerda el sentido y el valor de vuestros compromisos. La vida consagrada es una imitación radical de Cristo. Por tanto, es necesario que vuestro estilo de vida manifieste con toda claridad lo que os hace vivir y que vuestra actividad no oculte vuestra identidad profunda. No tengáis miedo de vivir plenamente la consagración de vosotros mismos que habéis hecho a Dios, y de testimoniarlo con autenticidad en vuestro entorno. Un ejemplo que impulsa de manera particular a buscar esta santidad de vida es el del Padre Simon Mpeke, llamado Baba Simon. Sabéis cómo «el misionero descalzo» empleó todas las fuerzas de su ser en una humildad desinteresada, con la preocupación de salvar las almas, sin escatimar los desvelos y los esfuerzos del servicio material a sus hermanos.

Queridos hermanos y hermanas, la meditación sobre el itinerario humano y espiritual de San José nos invita a apreciar la magnitud de la riqueza de su vocación y del modelo que él representa para todos los que han querido consagrar su vida a Cristo, tanto en el sacerdocio como en la vida consagrada o en diversas formas de compromiso en el laicado. En efecto, José ha vivido a la luz del misterio de la Encarnación. No sólo con una cercanía física, sino también con la atención del corazón. José nos desvela el secreto de una humanidad que vive en presencia del misterio, abierta a él mediante los detalles más concretos de la existencia. En él no hay separación entre fe y acción. Su fe orienta de manera decisiva su acción. Paradójicamente, es actuando, asumiendo por tanto las propias responsabilidades, como mejor se aparta él, para dejar a Dios la libertad de llevar a cabo su obra, sin interponer obstáculos. José es un «hombre justo» (Mt 1,19), porque su vida está «ajustada» a la Palabra de Dios.

La vida de San José, transcurrida en la obediencia a la Palabra, es un signo elocuente para todos los discípulos de Jesús que aspiran a la unidad de la Iglesia. Su ejemplo nos impulsa a entender que es abandonándose totalmente a la voluntad de Dios como el hombre se convierte en cumplidor eficaz del designio de Dios, que quiere reunir a los hombres en una sola familia, una sola asamblea, una sola ecclesia. Queridos amigos miembros de otras Confesiones cristianas, esta búsqueda de la unidad de los discípulos de Cristo es un gran reto para nosotros. Nos lleva ante todo a convertirnos a la persona de Cristo, a dejarnos atraer por Él. En Él es donde estamos llamados a reconocernos como hermanos, hijos de un mismo Padre. En este año dedicado al Apóstol Pablo, el gran predicador de Jesucristo, el Apóstol de las Naciones, dirijámonos juntos a él para escuchar y aprender «la fe y la verdad», en las que están enraizadas las razones de la unidad entre los discípulos de Cristo.

Para terminar, volvamos la mirada a la esposa de San José, la Virgen María, «Reina de los Apóstoles», advocación bajo la cual es venerada como patrona de Camerún. A ella confío la consagración de todos vosotros, vuestro deseo de responder más fielmente a la llamada que habéis recibido y a la misión que se os ha confiado. Por último, invoco su intercesión por vuestro hermoso País. Amén

PUBLICACIÓN DEL INSTRUMENTUM LABORIS
PALABRAS DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Estadio Amadou Ahidjo de Yaundé
Jueves 19 de marzo de 2009

Queridos Hermanos en el Episcopado,
Presidentes de las Conferencias Episcopales nacionales y regionales de África
y Madagascar

Hace catorce años, el 14 de septiembre de 1995, mi venerado Predecesor, el Papa Juan Pablo II, firmaba precisamente aquí, en Yaundé la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Africa*. Hoy es para un mí motivo de gran alegría entregaros el texto del *Instrumentum laboris* de la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, que se celebrará en Roma el próximo mes de octubre. El tema de esta Asamblea «La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz», que está en continuidad con la *Ecclesia in Africa*, tiene gran importancia para la vida de vuestro Continente, pero también para la vida de la Iglesia universal. El *Instrumentum laboris* es fruto de vuestra reflexión, a partir de los aspectos relevantes de la situación eclesial y social de vuestro País de origen. Refleja el gran dinamismo de la Iglesia en África, pero también los desafíos con los que

tiene que enfrentarse, y que el Sínodo tendrá que examinar. Esta tarde tendré ocasión de tratar más detenidamente este tema con los miembros del Consejo especial para África del Sínodo de los Obispos. Deseo ardientemente que los trabajos de la Asamblea sinodal contribuyan a hacer crecer la esperanza para vuestros pueblos y para el Continente en su conjunto; que sirvan para infundir en cada una de vuestras Iglesias particulares un nuevo impulso evangélico y misionero al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz, según el programa expresado por el Señor mismo: «Vosotros sois la sal de la tierra [...]. Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,13.14). Que la alegría de la Iglesia en África por la celebración de este Sínodo sea también la alegría de la Iglesia universal.

Queridos hermanos y hermanas que os unís estrechamente en torno a vuestros Obispos, representando en cierto modo la Iglesia que peregrina en todos los pueblos de África, os invito a acoger en vuestra plegaria la preparación y el desarrollo de este gran acontecimiento eclesial. Que la Reina de la Paz aliente los esfuerzos de todos los «artesanos» de reconciliación, justicia y paz. Nuestra Señora de África, ruega por nosotros.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA
CON OCASIÓN DE LA PUBLICACIÓN
DEL INSTRUMENTUM LABORIS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Estadio Amadou Ahidjo de Yaundé
Jueves 19 de marzo de 2009

Queridos Hermanos en el Episcopado,
Queridos hermanos y hermanas:

Alabado sea Jesucristo que nos reúne hoy en este estadio, para que ahondemos más profundamente en su vida.

Jesucristo nos reúne en el día en que la Iglesia, aquí en Camerún, como en toda la tierra, celebra la fiesta de San José, esposo de la Virgen María. Empiezo deseando feliz fiesta a todos los que, como yo, han recibido la gracia de llevar este hermoso nombre, y pido a san José que les conceda una protección especial, guiándoles todos los días de su vida hacia Jesucristo Nuestro Señor. Saludo también a las parroquias, escuelas y colegios, a las instituciones que llevan el nombre de san José. Agradezco a Mons. Tonyé Bakot, Arzobispo de Yaundé, por sus amables palabras y dirijo un cordial saludo a los representantes de las Conferencias

Episcopales de África, venidos a Yaundé con ocasión de la publicación del Instrumentum laboris de la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de Obispos.

¿Cómo podemos adentrarnos en la gracia específica de este día? Dentro de poco, al final de la misa, la liturgia nos mostrará el punto culminante de nuestra meditación, cuando diremos: «Señor, protege sin cesar a esta familia tuya, que ha celebrado con gozo la festividad de san José participando en la eucaristía; y conserva en ella los dones que con tanta bondad le concedes». Como veis, pedimos al Señor que proteja sin cesar a la Iglesia –y lo hace– exactamente como José protegió a su familia y veló durante los primeros años sobre el Niño Jesús.

Nos lo acaba de recordar el Evangelio. El Ángel le había dicho: «No tengas reparo en llevarte a María, tu mujer» (Mt 1,20); y es exactamente lo que hizo: «hizo lo que le había mandado el Ángel del Señor» (Mt 1,24). ¿Por qué motivo señala San Mateo la fidelidad a las palabras recibidas del mensajero de Dios, sino es para invitarnos a imitar esa fidelidad llena de amor?

La primera lectura que acabamos de escuchar no habla explícitamente de san José, pero nos enseña muchas cosas de él. El profeta Natán se acerca a David, por orden del Señor mismo, para decirle: «Estableceré después de ti a un descendiente tuyo» (2 S 7,12). David tiene que aceptar morir sin ver la realización de la promesa que se cumplirá «cuando haya llegado al término de su vida» y descansa «con sus padres». Así, vemos cómo uno de los deseos más queridos del hombre, el de ser testigo de la fecundidad de su actuación, no siempre es escuchado por Dios. Pienso en aquellos de vosotros que son padres y madres de familia: tienen muy legítimamente el deseo de dar lo mejor de sí mismos a sus hijos y quieren verles triunfar verdaderamente. Sin embargo, no hay que equivocarse en ese triunfo: lo que Dios pide a David, es que confíe en Él. David no verá a su sucesor, «cuyo trono durará por siempre» (2 S 7,16), porque este sucesor anunciado veladamente en la profecía es Jesús. David confía en Dios. Igualmente, José confía en Dios cuando escucha al mensajero, al Ángel, que le dice: «José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo» (Mt 1,20). En la historia, José es el hombre que ha dado a Dios la mayor prueba de confianza, incluso ante un anuncio tan sorprendente.

Y vosotros, queridos padres y queridas madres de familia que me escucháis, ¿confiáis en que Dios os hace padres y madres de sus hijos de adopción?

¿Aceptáis que Él cuente con vosotros para transmitir a vuestros hijos los valores humanos y espirituales que habéis recibido y que les harán vivir en el amor y el respeto de su santo nombre? Hoy, cuando tantas personas sin escrúpulos tratan de imponer el reino del dinero, despreciando a los más necesitados, debéis estar muy atentos. África en general, y Camerún en particular, corren peligro si no reconocen al verdadero Autor de la Vida. Hermanos y hermanas de Camerún y de África, que habéis recibido de Dios tantas cualidades humanas, tened cuidado de vuestras almas. No os dejéis fascinar por falsas glorias y falsos ideales. Creed, sí, seguid creyendo que Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el único que os ama como esperáis, que es el único que puede llenaros, que puede dar la estabilidad a vuestras vidas. Cristo es el único camino de Vida.

Sólo Dios podía dar a José la fuerza para confiar en el Ángel. Sólo Dios os dará, queridos hermanos y hermanas que estáis casados, la fuerza para educar a vuestra familia como Él quiere. Pedídselo. A Dios le gusta que se le pida lo que quiere dar. Pedidle la gracia de un amor verdadero y cada vez más fiel, a imagen de su propio amor. Como dice maravillosamente el salmo: «Tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad» (Sal 88,3).

Igual que en otros continentes, la familia pasa efectivamente, en vuestro país y en el resto de África, un período difícil, que superará gracias a su fidelidad a Dios. Algunos valores de la vida tradicional se han trastocado. Las relaciones entre generaciones han evolucionado de tal manera que ya no favorecen como antes la transmisión de los conocimientos antiguos y de la sabiduría heredada de los antepasados. Con demasiada frecuencia, se asiste a un éxodo rural comparable al de otros muchos períodos humanos. La calidad de los vínculos familiares queda profundamente afectada. Desarraigados y frágiles, y frecuentemente, por desgracia, sin un verdadero trabajo, los miembros de las jóvenes generaciones buscan remedios a su malvivir refugiándose en paraísos efímeros y artificiales importados, que sabemos no consiguen nunca asegurar al hombre una felicidad profunda y duradera. A veces, también el hombre africano se ve obligado a huir de sí mismo y a abandonar todo lo que era su riqueza interior. Enfrentado al fenómeno de una urbanización galopante, deja su tierra, física y moralmente, no como Abrahán para responder a la llamada del Señor, sino por una especie de exilio interior que le aparta de su mismo ser, de sus hermanos y hermanas de sangre y de Dios mismo.

¿Se trata de un fatalismo, de una evolución inevitable? Ciertamente no. Más que nunca hemos de «esperar contra toda esperanza» (Rm 4,18). Quiero felicitar

aquí con admiración y agradecimiento el importante trabajo llevado a cabo por innumerables asociaciones que alientan la vida de fe y la práctica de la caridad. Merecen un cordial agradecimiento. Que encuentren en la Palabra de Dios nueva fuerza para llevar a cabo sus proyectos al servicio de un desarrollo integral de la persona humana en África, y sobre todo en Camerún.

La principal prioridad será volver a dar sentido a la acogida de la vida como don de Dios. Para la Sagrada Escritura, así como para la mejor sabiduría de vuestro continente, la llegada de un niño es una gracia, una bendición de Dios. La humanidad está hoy invitada a modificar su mirada: en efecto, todo ser humano, por pequeño y pobre que sea, es creado «a imagen y semejanza de Dios» (Gn 1,27). Tiene que vivir. La muerte no ha de prevalecer sobre la vida. Nunca la muerte tendrá la última palabra.

Hijas e hijos de África, no tengáis miedo de creer, de esperar y de amar, no tengáis miedo de decir a Jesús que es el Camino, la Verdad y la Vida, y que sólo por Él podemos ser salvados. San Pablo es el autor inspirado que el Espíritu Santo ha dado a la Iglesia para ser el «maestro de todas las naciones» (1 Tm 2,7), cuando nos dice que Abrahán «esperando contra toda esperanza creyó que sería padre de muchos pueblos, según le había sido prometido: Así será tu descendencia» (Rm 4,18).

«Esperando contra toda esperanza» ¿no es una magnífica definición del cristiano? África está llamada a la esperanza a través de vosotros y en vosotros. Con Jesucristo, que ha pisado la tierra africana, África puede llegar a ser el continente de la esperanza. Todos nosotros somos miembros de los pueblos que Dios ha dado como descendencia a Abrahán. Cada una y cada uno de nosotros ha sido pensado, querido y amado por Dios. Todos y cada uno de nosotros tiene su papel en el plan de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si os asalta el desánimo, pensad en la fe de José; si os invade la inquietud, pensad en la esperanza de José, descendiente de Abrahán, que esperaba contra toda esperanza; si la desgana o el odio os embarga, pensad en el amor de José, que fue el primer hombre que descubrió el rostro humano de Dios en la persona del Niño, concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María. Bendigamos a Cristo por haberse hecho tan cercano a nosotros y démosle gracias por habernos dado a José como ejemplo y modelo de amor a Él.

Queridos hermanos y hermanas, de nuevo os digo de corazón: como José, no tengáis reparo en llevaros a María con vosotros, es decir no tengáis reparo en

amar a la Iglesia. María, madre de la Iglesia, os enseñará a seguir a sus pastores, a amar a vuestros obispos, a vuestros sacerdotes, a vuestros diáconos y vuestros catequistas, a cumplir lo que os enseñan y a rezar por sus intenciones. Los que estáis casados, mirad el amor de José a María y a Jesús; los que os preparáis al matrimonio, respetad a vuestro futuro cónyuge como hizo José; los que os habéis consagrado a Dios en el celibato, pensad en la enseñanza de la Iglesia nuestra Madre: «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo» (Redemptoris custos, 20).

Quisiera dirigir una exhortación particular a los padres de familia, puesto que san José es su modelo. San José revela el misterio de la paternidad de Dios sobre Cristo y sobre cada uno de nosotros. Él puede enseñarles el secreto de su propia paternidad, él, que custodió al Hijo del Hombre. También cada padre recibe de Dios a sus hijos, creados a imagen y a semejanza de Él. San José fue el esposo de María. A cada padre de familia se le confía igualmente, mediante su propia esposa, el misterio de la mujer. Como San José, queridos padres de familia, respetad y amad a vuestra esposa, y guiad a vuestros hijos hacia Dios, hacia donde deben ir (cf. Lc 2,49), con amor y con vuestra presencia responsable.

Finalmente, a todos los jóvenes que estáis aquí, os dirijo palabras de amistad y de ánimo: ante las dificultades de la vida, sed valientes. Vuestra vida tiene un valor infinito a los ojos de Dios. Dejaos cautivar por Cristo, entregadle gustosamente vuestro amor y, ¿por qué no?, ofrecedle vuestra propia vida en el sacerdocio o la vida consagrada. Es el servicio más grande. A los hijos huérfanos de padre o que viven abandonados en la miseria de la calle, a los que han sido separados violentamente de sus padres, maltratados y sometidos a abusos, y reclutados por la fuerza en ciertos grupos militares que asolan algunos países, quisiera decirles: Dios os ama, no os olvida y san José os protege. Invocadle con confianza.

Que Dios os bendiga y os guarde a todos. Que os conceda la gracia de ir hacia Él con fidelidad. Que dé a vuestras vidas la estabilidad, para alcanzar el fruto que Él espera de vosotros. Que os haga testigos de su amor, aquí, en Camerún, y hasta los confines de la tierra. Le pido fervientemente que os haga gustar la alegría de pertenecerle, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

ENCUENTRO CON LOS REPRESENTANTES DE LA COMUNIDAD MUSULMANA DE CAMERÚN

SALUDO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Nunciatura Apostólica de Yaundé
Jueves 19 de marzo de 2009

Queridos amigos:

Agradezco la oportunidad que se me brinda de tener este encuentro con los representantes de la comunidad musulmana de Camerún, y quiero expresar igualmente mi cordial agradecimiento al Señor Bello Amadou por las amables palabras de saludo que me ha dirigido en vuestro nombre. Nuestro encuentro es un signo elocuente del deseo, que compartimos con todas las personas de buena voluntad –en Camerún, en África y en todo el mundo–, de buscar ocasiones para intercambiar ideas sobre la contribución esencial que la religión a la comprensión de la cultura y del mundo, y a la coexistencia pacífica de todos los miembros de la familia humana. En Camerún, iniciativas como la Asociación Camerunesa para el Diálogo Interreligioso, muestran cómo dicho diálogo incrementa el entendimiento mutuo y ayuda a la formación de un orden político estable y justo.

Camerún es patria de miles de cristianos y musulmanes, que a menudo viven, trabajan y practican su fe en el mismo ambiente. Los fieles de una y otra religión creen en un Dios único y misericordioso, que en el último día juzgará a la humanidad (cf. *Lumen gentium*, 16). Unos y otros dan testimonio de los valores fundamentales de la familia, de la responsabilidad social, de la obediencia a la ley de Dios y del amor a los enfermos y a los que sufren. Fundando sus vidas en estas virtudes, y enseñándoselas a los jóvenes, los cristianos y los musulmanes no sólo muestran que se puede fomentar el desarrollo integral de la persona humana, sino también que es posible establecer vínculos de solidaridad con el prójimo, promoviendo el bien común.

Amigos, creo que una tarea particularmente urgente de la religión en el momento actual es desvelar el gran potencial que tiene la razón humana, la cual es en sí misma un don de Dios, y que es elevada por la revelación y por la fe. Creer en Dios, en vez de limitar nuestra capacidad de conocernos a nosotros mismos y al mundo, la amplía. En vez de enemistarnos con el mundo, nos comprometemos con él. Estamos llamados a ayudar a los demás a que reconozcan las huellas discretas y la presencia misteriosa de Dios en el mundo, que ha sido maravillosamente creado por Él y continua sosteniéndolo con su amor inefable, que todo lo abarca. Aunque su gloria infinita nunca puede ser percibida directamente en esta vida por nuestra mente finita, podemos descubrir, sin embargo, sus reflejos en la hermosura que nos rodea. Cuando los hombres y las mujeres dejan que el orden admirable del mundo y el esplendor de la dignidad humana iluminen su mente, descubren que aquello que es «razonable» va más allá de lo que las matemáticas pueden calcular, lo que la lógica puede deducir, o lo que la experimentación científica puede demostrar; lo «razonable» incluye también la bondad y la intrínseca atracción de una vida honesta y de acuerdo con la ética, que se nos manifiesta a través del lenguaje mismo de la creación.

Esta visión nos mueve a buscar todo lo que es recto y justo, a salir de lo que es el reducido ámbito de nuestro interés egoísta y a actuar buscando el bien de los demás. De este modo, una religión genuina alarga el horizonte de la comprensión humana y está en la base de toda verdadera cultura. Ésta, basada no sólo en principios de fe, sino también en la recta razón, rechaza toda forma de violencia o totalitarismo. En realidad, religión y razón se refuerzan mutuamente, porque la religión se purifica y estructura por la razón, y el pleno potencial de la razón se despliega por la revelación y la fe.

Así pues, os animo, queridos amigos musulmanes, a impregnar la sociedad de los valores que surgen de esta perspectiva y hacen crecer la cultura humana, mientras trabajamos juntos para edificar la civilización del amor. Que la cooperación entusiasta entre musulmanes, católicos y otros cristianos en Camerún sea un faro que ilumine en las otras naciones las grandes posibilidades de un compromiso interreligioso por la paz, la justicia y el bien común.

Con estos sentimientos, quisiera expresar una vez más mi agradecimiento por esta prometedora oportunidad de encontrarme con vosotros durante mi visita a Camerún. Agradezco a Dios Todopoderoso las bendiciones que ha derramado sobre vosotros y sobre vuestros conciudadanos, y le pido que los lazos que unen a cristianos y musulmanes en su profunda veneración al único Dios, sigan reforzándose, para que sean un reflejo más claro de la sabiduría del Omnipotente, que ilumina los corazones de toda la humanidad.

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS DE CAMERÚN
DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Iglesia Cristo Rey de Tsinga - Yaundé
Miércoles 18 de marzo de 2009

Señor cardenal,
queridos hermanos en el Episcopado:

Es una gran alegría para mí este encuentro con los Pastores de la Iglesia católica en Camerún. Agradezco al Presidente de vuestra Conferencia Episcopal, Mons. Simon-Victor Tonyé Bakot, Arzobispo de Yaundé, las amables palabras que me ha dirigido en vuestro nombre. Es la tercera vez que vuestro País acoge al Sucesor de Pedro y, como sabéis, el motivo de mi viaje es ante todo tener una ocasión para encontrarme con los pueblos del querido Continente africano, y también para entregar a los Presidentes de las Conferencias Episcopales el *Instrumentum laboris* de la Segunda Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para África. Esta mañana, por medio de vosotros, quisiera saludar afectuosamente a todos los fieles encomendados a vuestros cuidados pastorales. Que la gracia y la paz del Señor Jesús sea con todos vosotros, con todas las familias de vuestro grande y hermoso País, con los sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y cuantos están comprometidos con vosotros en el anuncio del Evangelio.

En este año dedicado a San Pablo, es particularmente oportuno recordar la necesidad urgente de anunciar el Evangelio a todos. Este mandato, que la Iglesia ha recibido de Cristo, sigue siendo una prioridad, porque todavía hay muchas personas aguardando el mensaje de esperanza y de amor que les permita «entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Rm 8,21). Con vosotros, pues, queridos Hermanos, también vuestras comunidades están llamadas a dar testimonio del Evangelio. El Concilio Vaticano II recordó con énfasis que «la actividad misionera dimana íntimamente de la naturaleza misma de la Iglesia» (Ad gentes, n. 6). Para guiar y alentar al Pueblo de Dios en esta tarea, los Pastores, ante todo, deben ser ellos mismos predicadores de la fe para llevar a Cristo nuevos discípulos. Anunciar el Evangelio es propio del Obispo, quien, como San Pablo, puede decir también: «El hecho de predicar no es para mí motivo de soberbia. No tengo más remedio, y ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16). Los fieles necesitan la palabra de su Obispo, que es el catequista por excelencia, para confirmar y purificar su fe.

Para cumplir esta misión de evangelización y responder a los numerosos desafíos de la vida del mundo de hoy, es indispensable, más allá de las reuniones institucionales, en sí mismas necesarias, una profunda comunión que una a los Pastores de la Iglesia entre sí. La calidad de los trabajos de vuestra Conferencia Episcopal, que reflejan la vida de la Iglesia y la sociedad en Camerún, os permiten buscar juntos respuestas a los múltiples retos que la Iglesia debe afrontar, ofreciendo directrices comunes mediante vuestras cartas pastorales para ayudar a los fieles en su vida eclesial y social. La honda conciencia de la dimensión colegial de vuestro ministerio os debe impulsar a realizar entre vosotros diversos gestos de hermandad sacramental, que van desde la acogida y estima mutua hasta las diferentes iniciativas de caridad y colaboración concreta (cf. Pastores gregis, n. 59). Una cooperación efectiva entre las diócesis, particularmente para una mejor distribución de los sacerdotes en vuestro País, favorecerá las relaciones de solidaridad fraterna con las Iglesias diocesanas más necesitadas, de modo que el anuncio del Evangelio no se resienta por la falta de ministros. Esta solidaridad apostólica ha de extenderse con generosidad a las necesidades de otras Iglesias particulares, especialmente de las de vuestro Continente. Así se mostrará claramente que vuestras comunidades cristianas, a ejemplo de las que os han traído el mensaje del Evangelio, son también una Iglesia misionera.

Queridos Hermanos en el Episcopado, el Obispo y sus sacerdotes están llamados a mantener estrechas relaciones de comunión, fundadas en su especial participación en el único sacerdocio de Cristo, aunque en grado diferente. También

es de capital importancia una relación de calidad con los sacerdotes, que son vuestros principales e irrenunciables colaboradores. Al ver en su Obispo un padre y un hermano que los ama, los escucha y conforta en las pruebas, que presta una atención especial a su bienestar humano y material, se verán alentados a hacerse cargo plenamente de su ministerio de manera digna y eficaz. El ejemplo y la palabra de su Obispo es para ellos una valiosa ayuda para dar un espacio central en su ministerio a su vida espiritual y sacramental, animándoles a vivir y descubrir cada vez más profundamente que lo específico del pastor es ser ante todo una persona de oración, y que la vida espiritual y sacramental es una riqueza extraordinaria, que se nos da para nosotros mismos y para el bien del pueblo que se nos ha encomendado. Os invito, en fin, a poner una atención especial a la fidelidad de los sacerdotes y personas consagradas a los compromisos contraídos con su ordenación o entrada en la vida religiosa, para que perseveren en su vocación, con vistas a una mayor santidad de la Iglesia y la gloria de Dios. La autenticidad de su testimonio exige que no haya diferencia alguna entre lo que enseñan y lo que viven cotidianamente.

En vuestras diócesis, muchos jóvenes se presentan como candidatos al sacerdocio. Hemos de dar gracias al Señor por ello. Lo esencial es que se haga un discernimiento serio. Para eso, os animo, no obstante las dificultades organizativas en el plano pastoral que pudieran surgir, a dar prioridad a la selección y preparación de formadores y directores espirituales. Éstos han de tener un conocimiento personal y profundo de los candidatos al sacerdocio y ser capaces de asegurar una formación humana, espiritual y pastoral sólida, que haga de ellos hombres maduros y equilibrados, bien preparados para la vida sacerdotal. Vuestro constante apoyo fraterno ayudará a los formadores a desempeñar su tarea con amor por la Iglesia y su misión.

Desde los orígenes de la fe cristiana en Camerún, los religiosos y religiosas han dado una contribución fundamental a la vida de la Iglesia. Doy gracias a Dios con vosotros y me alegro del desarrollo de la vida consagrada entre los hijos e hijas de vuestro País, que ha permitido también manifestar los carismas propios de África en las comunidades nacidas en vuestro País. En efecto, la profesión de los consejos evangélicos es como «un signo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a realizar con decisión las tareas de su vocación cristiana» (Lumen gentium, 44).

En vuestro ministerio de anunciar el Evangelio os ayudan también otros agentes de pastoral, especialmente los catequistas. En la evangelización de vuestro

País han tenido y desempeñan todavía un papel determinante. Les agradezco su generosidad y fidelidad en el servicio a la Iglesia. Por medio de ellos se lleva a cabo una auténtica inculturación de la fe. Por tanto, su formación humana, espiritual y doctrinal es esencial. El apoyo material, moral y espiritual que los Pastores les ofrecen para cumplir su misión en buenas condiciones de vida y de trabajo, es también para ellos una expresión del reconocimiento por parte de la Iglesia de la importancia de su compromiso en el anuncio y el desarrollo de la fe.

Entre los muchos retos que encontráis en vuestra responsabilidad como Pastores, os preocupa particularmente la situación de la familia. Las dificultades, debidas de manera especial al impacto de la modernidad y la secularización en la sociedad tradicional, os impulsan a preservar con determinación los valores fundamentales de la familia africana, haciendo de su evangelización de manera profunda una de las principales prioridades. Al promover la pastoral familiar, os comprometéis a favorecer una mejor comprensión de la naturaleza, la dignidad y el papel del matrimonio, que supone un amor indisoluble y estable.

La liturgia ocupa un lugar importante en la expresión de la fe de vuestras comunidades. Por lo general, estas celebraciones eclesiales son festivas y alegres, manifestando el fervor de los fieles, felices de estar juntos, como Iglesia, para alabar al Señor. Es esencial, por tanto, que la alegría demostrada no sea un obstáculo, sino un medio, para entrar en diálogo y comunión con Dios a través de una verdadera interiorización de las estructuras y las palabras que componen la liturgia, con el fin de que ésta refleje realmente lo que sucede en el corazón de los creyentes, en una unión real con todos los participantes. Un signo elocuente de ello es la dignidad de las celebraciones, sobre todo cuando tienen lugar con gran afluencia de participantes.

El desarrollo de las sectas y movimientos esotéricos, así como la creciente influencia de una religiosidad supersticiosa y del relativismo, son una invitación apremiante a dar un renovado impulso a la formación de jóvenes y adultos, especialmente en el ámbito universitario e intelectual. A este respecto, quisiera felicitar y alentar los esfuerzos del Instituto Católico de Yaundé, y de todas las instituciones eclesásticas cuya misión es hacer accesible y comprensible a todos la Palabra de Dios y las enseñanzas de la Iglesia. Me alegra saber que son cada vez más en vuestro País los fieles comprometidos en la vida de la Iglesia y la sociedad. Las numerosas asociaciones de laicos que florecen en vuestras diócesis, son signo de la acción del Espíritu en el corazón de los fieles y contribuyen a un renovado anuncio

del Evangelio. Me complace destacar y alentar la participación activa de las asociaciones femeninas en diferentes sectores de la misión de la Iglesia, demostrando así una toma de conciencia real de la dignidad de la mujer y de su vocación específica en la comunidad eclesial y en la sociedad. Doy gracias a Dios por la voluntad que muestran los laicos en vuestras comunidades de contribuir al futuro de la Iglesia y al anuncio del Evangelio. Por los sacramentos de la iniciación cristiana y los dones del Espíritu Santo, tienen la capacidad y el compromiso de anunciar el Evangelio, sirviendo a la persona y a la sociedad. Os animo encarecidamente a perseverar en vuestros esfuerzos por ofrecerles una sólida formación cristiana que les permita «desarrollar plenamente su papel de animación cristiana del orden temporal (político, cultural, económico, social), que es compromiso característico de la vocación secular del laicado» (Ecclesia in Africa, n. 75).

En el contexto de la globalización que bien conocemos, la Iglesia tiene un interés particular por los más necesitados. La misión del Obispo le lleva a ser el principal defensor de los derechos de los pobres, a favorecer y promover el ejercicio de la caridad, que es una manifestación del amor del Señor por los pequeños. De esta manera, se ayuda a los fieles a comprender concretamente que la Iglesia es una verdadera familia de Dios, reunida en amor fraterno, lo cual excluye todo tipo de etnocentrismo y particularismo excesivo, y contribuye a la reconciliación y la colaboración entre los grupos étnicos para el bien de todos. Por otra parte, la Iglesia, mediante su doctrina social, quiere despertar la esperanza en el corazón de los excluidos. Y es también un deber de los cristianos, especialmente de los laicos que tienen responsabilidades sociales, económicas o políticas, dejarse guiar por la doctrina social de la Iglesia, con el fin de contribuir a la construcción de un mundo más justo, en el que todos puedan vivir dignamente.

Señor Cardenal, queridos Hermanos en el Episcopado, al término de nuestro encuentro, quisiera manifestar una vez más mi alegría por estar en vuestro País y encontrar al pueblo camerunés. Os agradezco vuestra calurosa bienvenida, signo de la generosa hospitalidad africana. Que la Virgen María, Nuestra Señora de África, vele por todas vuestras comunidades diocesanas. A Ella confío a todo el pueblo de Camerún, y os imparto de corazón una afectuosa Bendición Apostólica, que hago extensiva a los sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y a todos los fieles de vuestras diócesis.

CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto internacional Nsimalen de Yaundé
Viernes 20 de marzo de 2009

Señor Presidente,
Distinguidos Representantes de las Autoridades Civiles,
Señor Cardenal Tumi,
Queridos Hermanos en el Episcopado,
Queridos hermanos y hermanas

En el momento en que me dispongo a dejar Camerún, habiendo completado la primera parte de mi Visita Apostólica en África, deseo agradecer a todos por la generosa acogida que me habéis dispensado en estos días. El calor del sol africano se ha reflejado en vuestra calurosa hospitalidad. Agradezco al Presidente y a los miembros del Gobierno todas sus corteses deferencias. Agradezco a mis Hermanos en el Episcopado y a todos los fieles católicos, que durante las liturgias que hemos celebrado juntos, han dado un ejemplo tan sugestivo de un culto gozoso y exuberante. Asimismo, me alegro de que miembros de otras Comunidades eclesiales hayan estado presentes en algunas de nuestras asambleas, y renuevo mi saludo respetuoso a ellos y a sus responsables. Me gustaría expresar mi profundo recono-

cimiento por todo el trabajo que han hecho las autoridades civiles para asegurar un desarrollo sereno de mi visita. Pero, sobretodo, quiero expresar mi gratitud a todos aquellos que han orado intensamente para que esta visita pastoral produzca frutos para la vida de la Iglesia en África. Os pido que continuéis rezando para que la II Asamblea Especial del Sínodo de Obispos para África sea un momento de gracia para la Iglesia de este Continente, un tiempo de renovación y de nuevo ardor en la misión de llevar el mensaje de salvación del Evangelio a un mundo lacerado.

Muchos de los momentos que he vivido durante estos días quedarán profundamente grabados en mi memoria. En el Centro Cardenal Léger, fue conmovedor observar el cuidado dispensado a los enfermos y discapacitados, a algunos de los más vulnerables de nuestra sociedad. Esta compasión al modo de Cristo es un signo palpable de esperanza para el futuro de la Iglesia y para el futuro de África.

Mi encuentro con los miembros de la comunidad musulmana aquí, en Camerún, ha sido otro momento culminante que no olvidaré. Mientras continuamos hacia una mayor comprensión mutua, pido para que crezcamos en el respeto y estima recíprocos, y afiancemos nuestra decisión de colaborar para proclamar la dignidad que Dios ha dado a la persona humana, un mensaje que nuestro mundo fuertemente secularizado tiene necesidad de oír.

El motivo principal de mi viaje a Camerún ha sido visitar a esta comunidad católica. Con gran gozo he tenido tiempo de compartir algunos momentos fraternos con los Obispos, y de celebrar la liturgia de la Iglesia con tantos fieles. He venido precisamente para compartir con vosotros el momento histórico de la promulgación del Instrumentum laboris para la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos. Ciertamente estamos ante un momento de gran esperanza para África y para el mundo entero. Cameruneses, os animo a percibir la importancia del momento que el Señor os ha ofrecido. Responded a su llamada que os compromete a ser portadores de reconciliación, sanación y paz a vuestras comunidades y a vuestra sociedad. Trabajad por eliminar la injusticia, la pobreza y el hambre allá donde las encontréis. Dios bendiga a este hermoso país, «África en miniatura», un País de promesas, una tierra de gloria. Dios os bendiga.

CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto internacional 4 de Fevereiro de Luanda
Viernes 20 de marzo de 2009

Excelentísimo Señor Presidente de la República,
Ilustrísimas Autoridades civiles y militares,
Venerados Hermanos en el Episcopado,
Queridos amigos angoleños:

Con vivos sentimientos de deferencia y amistad, pongo pie en el suelo de esta noble y joven Nación, en el ámbito de una visita pastoral que espiritualmente tiene como horizonte todo el Continente africano, aunque haya tenido que limitar mis pasos a Yaundé y a Luanda. Que todos sepan que, en mi corazón y en mi plegaria, tengo presente a África en general y al pueblo de Angola en particular, al que deseo ofrecer un cordial aliento para proseguir por la vía de la pacificación y la reconstrucción del País y las instituciones.

Comienzo, Señor Presidente, agradeciendo la amable invitación que me ha hecho de visitar Angola y las cordiales expresiones de bienvenida que me acaba de dirigir. Acepte mi deferente saludo y los mejores deseos, que hago extensivos a las

otras autoridades que han tenido la amabilidad de venir a recibirme. Saludo a toda la Iglesia católica en Angola en la persona de sus Obispos aquí presentes, y agradezco a todos los amigos angoleños la cariñosa acogida que me han dispensado. Y que llegue también mis sentimientos de amistad a los que me siguen a través de la radio y la televisión, en la certeza de la benevolencia del Cielo sobre la misión común que nos ha sido confiada: edificar juntos una sociedad más libre, más pacífica y más solidaria.

¿Cómo no recordar a aquel ilustre Visitante que bendijo Angola en junio de 1992, mi amado Predecesor Juan Pablo II? Incansable misionero de Jesucristo hasta los extremos confines de la tierra, él ha indicado la vía hacia Dios, invitando a todos los hombres de buena voluntad a escuchar la propia conciencia rectamente formada y a edificar una sociedad de justicia, de paz y de solidaridad, en la caridad y en el perdón recíproco. En cuanto a mí, os recuerdo que provengo de un País en el que la paz y la hermandad son sentidas muy dentro del corazón de todos sus habitantes, especialmente de los que –como yo– han conocido la guerra y la división entre hermanos pertenecientes a la misma Nación a causa de ideologías desoladoras e inhumanas, la cuales, bajo la falaz apariencia de sueños e ilusiones, hicieron pesar sobre los hombres el yugo de la opresión. Podéis entender, pues, lo sensible que soy al diálogo entre los hombres como medio para superar toda forma de conflicto y tensión, y para hacer de cada Nación –y por tanto también de vuestra Patria– una casa de paz y hermandad. Con vistas a este fin, debéis tomar de vuestro patrimonio espiritual y cultural los mejores valores de los que Angola es portadora, y salir al encuentro unos de otros sin miedo, aceptando compartir la riqueza espiritual y material de cada uno, en beneficio de todos.

¿Cómo no pensar aquí a la población de la provincia de Kunene, afectada por lluvias torrenciales e inundaciones que han provocado numerosos muertos y dejado sin hogar a tantas familias por la destrucción de sus casas? A ellas deseo hacer llegar en su prueba la seguridad de mi solidaridad, junto con un aliento especial a tener confianza para recomenzar con la ayuda de todos.

Queridos angoleños, vuestro territorio es rico; vuestra Nación es fuerte. Utilizad estas cualidades vuestras para favorecer la paz y el acuerdo entre los pueblos, sobre una base de lealtad e igualdad que promuevan ese futuro pacífico y solidario para África, que todos anhelan y al que tienen derecho. Para ello, os ruego: No os rindáis a la ley del más fuerte. Porque Dios ha concedido a los seres humanos la capacidad de elevarse, por encima de sus tendencias naturales, con las

alas de la razón y de la fe. Si os dejáis llevar por estas alas, no os será difícil reconocer en el otro a un hermano, que ha nacido con los mismos derechos humanos fundamentales. Lamentablemente, dentro de vuestros confines angoleños hay todavía muchos pobres que reivindican el respeto de sus derechos. No se puede olvidar la multitud de angoleños que viven por debajo del umbral de la pobreza absoluta. No decepcionéis sus expectativas.

Se trata de una tarea ingente, que requiere una mayor participación cívica por parte de todos. Es necesario implicar en ella a toda la sociedad civil angoleña; pero ésta ha de presentarse ante dicho reto de manera más fuerte y articulada, tanto entre las fuerzas que la componen como también en el diálogo con el Gobierno. Para dar vida a una sociedad realmente celosa del bien común, se necesitan valores compartidos por todos. Estoy convencido de que Angola podrá encontrarlos hoy también en el Evangelio de Jesucristo, como ocurrió tiempo atrás con un ilustre antepasado vuestro, Dom Afonso I Mbemba-a-Nzinga; por obra suya surgió hace quinientos años en Mbanza Congo un reino cristiano, que sobrevivió hasta el siglo XVIII. De sus cenizas pudo brotar luego, entre los siglos XIX y XX, una Iglesia renovada que no ha dejado de crecer hasta nuestros días. Demos gracias a Dios por ello. He aquí el motivo inmediato que me ha traído a Angola: encontrarme con una de las más antiguas comunidades católicas del África subecuatorial, para confirmarla en su fe en Jesús resucitado y unirme a las súplicas de sus hijos e hijas para que el tiempo de la paz, en la justicia y en la fraternidad, no conozca ocaso en Angola, permitiéndola cumplir la misión que Dios le ha confiado en favor de su pueblo y en el concierto de las Naciones. Dios bendiga Angola.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA CON LOS OBISPOS
DE LA IMBISA
(ASAMBLEA INTERREGIONAL DE OBISPOS DE
ÁFRICA DEL SUR)

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Explanada de Cimangola, Luanda
Domingo 22 de marzo de 2009

Señores Cardenales,
Venerados Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio,
Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna» (Jn 3,16). Estas palabras nos colman de gozo y esperanza, pues anhelamos el cumplimiento de las promesas de Dios. Para mí es hoy un motivo de alegría celebrar como Sucesor del Apóstol Pedro esta Misa con vosotros, mis hermanos y hermanas en Cristo, que venís de diversas regiones de Angola, Santo Tomé y Príncipe y de muchos otros Países. Saludo con gran afecto en el Señor a las comunidades católicas de Luanda, Bengo, Cabinda, Benguela, Huambo, Huíla, Kuando Kubango, Kunene, Kwanza

Norte, Kwanza Sul, Lunda Norte, Lunda Sul, Malanje, Namibe, Moxico, Uíje y Zaire.

Saludo especialmente a mis Hermanos Obispos, los miembros de la Asociación Interregional de los Obispos del África Austral, reunidos alrededor de este altar del sacrificio del Señor. Agradezco al Presidente de la C.E.A.S.T., Arzobispo Damião Franklin, por sus amables palabras de bienvenida y, en la persona de sus Pastores, saludo a todos los fieles de las naciones de Botswana, Lesotho, Mozambique, Namibia, Sudáfrica, Suazilandia y Zimbabue.

La primera lectura de hoy tiene una resonancia particular para el Pueblo de Dios en Angola. Es un mensaje de esperanza para el Pueblo elegido en la lejanía de su destierro, una invitación a volver a Jerusalén para reconstruir el Templo del Señor. La descripción vibrante de la destrucción y la ruina causada por la guerra refleja la experiencia personal de muchos en este País durante las terribles devastaciones de la guerra civil. Qué verdad es el que la guerra puede destruir «todo lo que tiene valor» (cf. 2 Cr 36,19): familias, comunidades enteras, el fruto de la fatiga de los hombres, las esperanzas que guían y alientan sus vidas y su trabajo. Esta experiencia es demasiado familiar en el conjunto de África: el poder destructivo de la guerra civil, el caer en el torbellino del odio y la venganza, el despilfarro de los esfuerzos de generaciones de gente de bien. Cuando se descuida la Palabra del Señor –una Palabra que tiende a la edificación de las personas, de las comunidades y de toda la familia humana–, y la Ley de Dios es objeto de «burla, desprecio y escarnio» (cf. *ibíd.*, v. 16), el resultado sólo puede ser destrucción e injusticia, deshonra de nuestra común humanidad y traición de nuestra vocación a ser hijos e hijas del Padre misericordioso, hermanos y hermanas de su Hijo predilecto.

Nos confortan, pues, las palabras consoladoras que hemos escuchado en la primera lectura. La llamada a volver y a reconstruir el Templo de Dios tiene un significado particular para todos nosotros. San Pablo, de cuyo nacimiento celebramos este año el bimilenario, nos dice que «somos santuario del Dios vivo» (2 Co 6,16). Como sabemos, Dios habita en el corazón de los que ponen su confianza en Cristo, han renacido en el Bautismo y se han convertido en templo del Espíritu Santo. También ahora, en la unidad del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, Dios nos llama a reconocer en nosotros la fuerza de su presencia, a acoger de nuevo el don de su amor y su perdón, y a convertirnos en mensajeros de este amor misericordioso en nuestras familias y comunidades, en la escuela, el trabajo y en cada sector de la vida social y política.

Aquí en Angola, este domingo ha sido declarado como día de oración y sacrificio por la reconciliación nacional. El Evangelio nos enseña que la reconciliación –una verdadera reconciliación– sólo puede ser fruto de una conversión, de una transformación del corazón, de un nuevo modo de pensar. Nos enseña que sólo la fuerza del amor de Dios puede cambiar nuestros corazones y hacernos triunfar sobre el poder del pecado y la división. Cuando estábamos «muertos por nuestros pecados» (cf. Ef 2,5), su amor y su misericordia nos han ofrecido la reconciliación y la vida nueva en Cristo. Éste es el núcleo de la enseñanza del apóstol Pablo, y es importante para nosotros volver a traer a la memoria que sólo la gracia de Dios puede crear en nosotros un corazón nuevo. Sólo su amor puede cambiar nuestro «corazón de piedra» (Ez 11,19) y hacernos capaces de construir, en lugar de demoler. Sólo Dios puede hacer nuevas todas las cosas.

He venido a África precisamente para predicar este mensaje de perdón, de esperanza y de una vida nueva en Cristo. Hace tres días, en Yaundé, he tenido la alegría de hacer público el Instrumentum laboris de la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, que estará dedicada al tema: La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz. Hoy os pido que recéis, junto con nuestros hermanos y hermanas de toda África, por esta intención: que todo cristiano en este gran Continente sienta el toque saludable del amor misericordioso de Dios, y que la Iglesia en África sea «gracias al testimonio ofrecido por sus hijos e hijas, lugar de auténtica reconciliación» (Ecclesia in Africa, 79).

Queridos amigos, éste es el mensaje que el Papa os dirige a vosotros y a vuestros hijos. Habéis recibido del Espíritu Santo la fuerza de ser los constructores de un porvenir mejor para vuestro querido País. En el Bautismo se os ha dado el Espíritu para ser heraldos del Reino de Dios, reino de la verdad y la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz (cf. Misal Romano, Jesucristo, Rey del universo, Prefacio). El día de vuestro Bautismo habéis recibido la luz de Cristo. Sed fieles a este don, con la certeza de que el Evangelio puede confirmar, purificar y ennoblecer los profundos valores humanos que hay en vuestra cultura nativa y en vuestras tradiciones: familias unidas, profundo sentido religioso, alegre celebración del don de la vida, estima por la sabiduría de los ancianos y por las aspiraciones de los jóvenes. Y agradeced también la luz de Cristo. Mostrad vuestro reconocimiento a quienes os la han traído: generaciones y generaciones de misioneros que tanto han contribuido y siguen contri-

buyendo al desarrollo humano y espiritual de este País. Agradeced el testimonio de tantos padres y maestros cristianos, catequistas, sacerdotes, religiosas y religiosos, que han sacrificado su propia vida para transmitir este precioso tesoro. Asumid el reto que representa este gran patrimonio. Tened presente que la Iglesia en Angola y en toda África, tiene la tarea de ser ante el mundo un signo de esa unidad a la que, a través de la fe en Cristo redentor, está llamada toda la familia humana.

En el Evangelio de hoy hay palabras de Jesús que suscitan una cierta impresión: Él nos dice que ya se ha dictado la sentencia de Dios sobre el mundo (cf. Jn 3,19ss). La luz ha venido al mundo. Pero los hombres han preferido las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Cuántas tinieblas hay en tantas partes del mundo. Las nubes del mal han oscurecido trágicamente también África, incluida esta amada Nación de Angola. Pensemos en el drama de la guerra, en las feroces consecuencias del tribalismo y las rivalidades étnicas, en la codicia que corrompe el corazón del hombre, esclaviza a los pobres y priva a las generaciones futuras de los recursos que necesitan para crear una sociedad más solidaria y más justa, una sociedad real y auténticamente africana en su genio y en sus valores. Y ¿qué decir de ese insidioso espíritu de egoísmo que encierra a las personas en sí mismas, divide las familias y, suplantando los grandes ideales de generosidad y abnegación, lleva inevitablemente al hedonismo, a la evasión en falsas utopías mediante el uso de la droga, a la irresponsabilidad sexual, al debilitamiento de la unión matrimonial, a la destrucción de las familias y la eliminación de vidas humanas inocentes por el aborto?

Sin embargo, la palabra de Dios es una palabra de esperanza sin límites. En efecto, «tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único... para que el mundo se salve por él» (Jn 3,16-17). Dios nunca nos considera desahuciados. Él sigue invitándonos a levantar los ojos hacia un futuro de esperanza y nos promete la fuerza para conseguirlo. Como dice San Pablo en la segunda lectura de hoy, Dios nos ha creado en Cristo Jesús para vivir una vida justa, una vida en que hagamos buenas obras según su voluntad (cf. Ef 2,10). Nos ha dado sus mandamientos, no como una rémora, sino como un manantial de libertad: libertad para ser hombres y mujeres llenos de sabiduría, maestros de justicia y paz, gente que tiene confianza en los otros y busca su auténtico bien. Dios nos ha creado para vivir en la luz y para ser luz del mundo que nos rodea. Esto es lo que Jesús nos dice en el Evangelio de hoy: «El que realiza la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios» (Jn 3,21).

«Vivid, pues, conforme a la verdad». Irradiad la luz de la fe, la esperanza y el amor en vuestras familias y comunidades. Sed testigos de la santa verdad que hace libres a los hombres y las mujeres. Sabéis por una amarga experiencia que, tras la repentina furia destructora del mal, el trabajo de reconstrucción es penosamente lento y duro. Requiere tiempo, esfuerzo y perseverancia: debe comenzar en nuestros corazones, en los pequeños sacrificios cotidianos necesarios para ser fieles a la ley de Dios, en los pequeños gestos mediante los cuales demostramos amar a nuestros prójimos –todos ellos, sin distinción de raza, etnia o lengua– con la disponibilidad de colaborar con ellos para construir juntos sobre fundamentos duraderos. Haced que vuestras parroquias se conviertan en comunidades donde la luz de la verdad de Dios y el poder del amor reconciliador de Cristo no solamente se celebren, sino que también se manifiesten en obras concretas de caridad. No tengáis miedo. Aunque esto signifique ser un «signo de contradicción» (Lc 2,34) frente a actitudes duras y una mentalidad que considera a los otros como instrumentos para usar, en vez de como hermanos y hermanas a los que amar, respetar y ayudar a lo largo del camino de la libertad, la vida y la esperanza.

Permitidme concluir con una palabra dirigida particularmente a los jóvenes de Angola y a todos los jóvenes de África. Queridos jóvenes amigos, vosotros sois la esperanza del futuro de vuestro País, la promesa de un mañana mejor. Comenzad a crecer desde hoy en vuestra amistad con Jesús, que es «el camino, y la verdad, y la vida» (Jn 14,6): una amistad alimentada y profundizada por la oración humilde y perseverante. Buscad su voluntad sobre vosotros, escuchando cotidianamente su palabra y dejando que su ley modele vuestra vida y vuestras relaciones. De este modo os convertiréis en profetas sabios y generosos del amor salvador de Dios; llegaréis a ser evangelizadores de vuestros propios compañeros, llevándolos con vuestro ejemplo personal a que aprecien la belleza y la verdad del Evangelio, y a encaminarse por la esperanza de un futuro plasmado por los valores del Reino de Dios. La Iglesia necesita vuestro testimonio. No tengáis miedo de responder generosamente a la llamada de Dios para servirlo, bien como sacerdotes, religiosas o religiosos, bien como padres cristianos o en tantas otras formas de servicio que la Iglesia os propone.

Queridos hermanos y hermanas, al final de la primera lectura de hoy, Ciro, rey de Persia, inspirado por Dios, ordena al Pueblo elegido que vuelva a su querida Patria y reconstruya el Templo del Señor. Que estas palabras del Señor sean una llamada para todo el Pueblo de Dios en Angola y en toda África del Sur: Levantaos,

poneos en camino (cf. 2 Cr 36,23). Mirad al futuro con esperanza, confiad en las promesas de Dios y vivid en su verdad. De este modo construiréis algo destinado a permanecer, y dejaréis a las generaciones futuras una herencia duradera de reconciliación, de justicia y de paz. Amén.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA CON LOS OBISPOS,
SACERDOTES, RELIGIOSOS, RELIGIOSAS,
MOVIMIENTOS ECLESIALES Y CATEQUISTAS
DE ANGOLA Y SANTO TOMÉ

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Iglesia de San Pablo, Luanda
Sábado 21 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas,
Queridos trabajadores de la viña del Señor

Como hemos escuchado, los hijos de Israel se decían unos a otros: «Esforcémonos por conocer al Señor». Con estas palabras se animaban mientras se veían llenos de tribulaciones. Según el profeta, éstas caían sobre ellos porque vivían en la ignorancia de Dios; su corazón tenía poco amor. Y el único médico capaz de curarlo era el Señor. Es más, como buen médico, él mismo había abierto la herida para que así se curase la llaga. Y el pueblo se decide: «Volvamos al Señor: él nos desgarró, él nos curará» (Os 6,1). De este modo, se han encontrado la miseria humana y la Misericordia divina, que no desea sino acoger a los desventurados.

Lo podemos ver en el pasaje del Evangelio que se ha proclamado: «Dos hombres subieron al templo a orar»; de allí, uno «bajó a su casa justificado» y el otro no (Lc 18, 10.14). Este último presentó todos sus méritos ante Dios, casi como convirtiéndolo en un deudor suyo. En el fondo, no sentía la necesidad de Dios, aunque le daba gracias por haberlo hecho tan perfecto y no «como ese publicano». Y, sin embargo, es precisamente el publicano quien bajará a su casa justificado. Consciente de sus pecados, que le hacen agachar la cabeza, aunque, en realidad, está totalmente dirigido hacia el Cielo, él espera todo del Señor: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador» (Lc 18,13). Llama a la puerta de la Misericordia, que se abre y lo justifica, «porque – concluye Jesús – todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Lc 18,14).

San Pablo, patrón de la ciudad de Luanda y de esta estupenda Iglesia, construida hace casi cincuenta años, nos habla por experiencia propia de este Dios rico en Misericordia. Con el Jubileo paulino que se está celebrando, he querido resaltar el bimilenario del nacimiento de San Pablo, con el objetivo de aprender de él a conocer mejor a Jesucristo. Éste es el testimonio que nos ha dejado: «Podéis fiaros y aceptar sin reserva lo que os digo: Que Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero. Y por eso se compadeció de mí: para que en mí, el primero, mostrara Cristo toda su paciencia, y pudiera ser modelo de todos los que creerán en él y tendrán vida eterna» (1 Tm 1,15-16). Con el pasar de los siglos, el número de los que han recibido la gracia no ha dejado de aumentar. Tú y yo somos uno de ellos. Demos gracias a Dios porque nos ha llamado a entrar en esta muchedumbre de todos los tiempos para hacerla avanzar hacia el futuro. Imitando a los que han ido en pos de Jesús, seguimos al mismo Cristo y así entramos en la Luz.

Queridos hermanos y hermanas, siento una gran alegría de encontrarme hoy entre vosotros, mis compañeros de jornada en la viña del Señor; de ella os ocupáis cada día preparando el vino de la Misericordia divina y derramándolo sobre las heridas de vuestro pueblo tan atribulado. Mons. Gabriel Mbilingi, con las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido, se ha hecho intérprete de vuestras esperanzas y preocupaciones. Con el alma llena de gratitud y esperanza, os saludo a todos, hombres y mujeres dedicados a la causa de Jesucristo, a los que estáis aquí y a los que representáis: Obispos, presbíteros, consagrados y consagradas, seminaristas, catequistas, líderes de los diversos Movimientos y Asociaciones

de esta querida Iglesia de Dios. Deseo recordar también a las religiosas contemplativas, presencia invisible pero sumamente fecunda para nuestros pasos. Permittedme por último un saludo particular a los salesianos y a los fieles de esta parroquia de San Pablo que nos acogen en su Iglesia, cediéndonos sin hesitar el puesto que habitualmente les corresponde a ellos en la asamblea litúrgica. Sé que se encuentran reunidos en el campo adyacente y espero verlos y bendecirlos al final de esta Eucaristía, pero ya desde ahora les digo: «Muchísimas gracias. Que Dios suscite entre vosotros y por medio vuestro muchos apóstoles que sigan los pasos de vuestro Patrono».

En la vida de Pablo, su encuentro con Jesús cuando iba de camino hacia Damasco ha sido fundamental: Cristo se le aparece como luz deslumbrante, le habla, lo conquista. El apóstol vio a Jesús resucitado, es decir, al hombre en su estado perfecto. Así, pues, se produce en él un cambio de perspectiva, pasando a verlo todo partiendo de este estado final del hombre en Jesús: lo que antes le parecía esencial y fundamental, ahora es para él como «basura»; ya no es «ganancia» sino pérdida, porque ahora lo único que cuenta es la vida en Cristo (cf. Flp 3,7-8). No se trata de un simple madurar del «yo» de Pablo, sino de un morir a sí mismo y de resucitar en Cristo: ha muerto en él una forma de existencia, y una forma nueva nace en él con Jesús resucitado.

Hermanos y amigos, «esforcémonos por conocer al Señor» resucitado. Como sabéis, Jesús, hombre perfecto, es también nuestro Dios verdadero. En Él Dios se hizo visible para hacernos partícipes de su vida divina. De esta manera, se inaugura con Él una nueva dimensión del ser, de la vida, en la que también la materia está integrada, y mediante la cual surge un nuevo mundo. Pero este salto cualitativo de la historia universal que Jesús ha realizado por nosotros y para nosotros, ¿cómo llega concretamente al ser humano, impregnando su vida y arrebatándola hacia lo alto? Llega a cada uno de nosotros a través de la fe y el bautismo. En efecto, este sacramento es muerte y resurrección, transformación en una nueva vida, de tal manera que la persona bautizada puede decir con Pablo: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). Vivo, pero no soy yo. En cierta manera, se me quita mi yo, para quedar integrado en un Yo más grande; conservo todavía mi yo, pero transformado y abierto a los otros mediante mi inserción en el Otro: en Cristo alcanzo mi nuevo espacio de vida. ¿Qué es lo que ha sucedido en nosotros? Responde Pablo: que todos habéis sido hechos uno en Cristo Jesús (cf. Ga 3,28).

La gestación del Cuerpo de Cristo en la historia se va completando paulatinamente mediante este nuestro ser cristificados por obra y gracia del Espíritu de Dios. En este momento, me es grato volver con el pensamiento quinientos años atrás, o sea a los años 1506 y siguientes, cuando en estas tierras, a las que entonces venían los portugueses, se estableció el primer reino cristiano subsahariano, gracias a la fe y a la determinación del rey Dom Alfonso I Mbemba-a-Nzinga, que reinó desde el mencionado año 1506 hasta el 1543, año en que murió; el reino permaneció oficialmente católico desde el siglo XVI hasta el XVIII, con un embajador en Roma. Mirad cómo dos etnias tan diferentes –banta y lusitana– pudieron encontrar en la religión cristiana una plataforma de entendimiento, esforzándose para que ese entendimiento perdurase y las divergencias –que las hubo, y graves– no separaran los dos reinos. De hecho, el bautismo hace que todos los creyentes sean uno en Cristo.

Hoy os toca a vosotros, hermanos y hermanas, siguiendo la estela de aquellos heroicos y santos mensajeros de Dios, llevar a Cristo resucitado a vuestros compatriotas. Muchos de ellos viven temerosos de los espíritus, de los poderes nefastos de los que creen estar amenazados; desorientados, llegan a condenar a niños de la calle y también a los más ancianos, porque, según dicen, son brujos. ¿Quién puede ir a anunciarles que Cristo ha vencido a la muerte y a todos esos poderes oscuros? (cf. Ef 1,19-23; 6,10-12). Algunos objetan: «¿Porqué no los dejamos en paz? Ellos tienen su verdad; nosotros, la nuestra. Intentemos convivir pacíficamente, dejando a cada uno como es, para que realice del mejor modo su autenticidad». Pero, si nosotros estamos convencidos y tenemos la experiencia de que sin Cristo la vida es incompleta, le falta una realidad, que es la realidad fundamental, debemos también estar convencidos de que no hacemos ninguna injusticia a nadie si les mostramos a Cristo y le ofrecemos la posibilidad de encontrar también, de este modo, su verdadera autenticidad, la alegría de haber encontrado la vida. Es más, debemos hacerlo, es nuestra obligación ofrecer a todos esta posibilidad de alcanzar la vida eterna.

Muy queridos hermanos y hermanas, digámosles como el pueblo israelita: «Volvamos al Señor: él nos desgarró, él nos curará». Ayudemos a que la miseria humana se encuentre con la Misericordia divina. El Señor nos hace sus amigos, se nos entrega, nos entrega su Cuerpo en la Eucaristía, nos confía su Iglesia. Hemos de ser, pues, verdaderamente sus amigos, tener un mismo sentir con Él, querer lo que Él quiere y no querer lo que Él no quiere. Jesús mismo dijo: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15,14). Que éste sea nuestro propósito

común: cumplir todos juntos su voluntad: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15). Como hizo san Pablo, abracemos su voluntad: «No tengo más remedio que predicar el Evangelio, y ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (cf. 1 Co 9, 16).

ENCUENTRO CON LOS MOVIMIENTOS CATÓLICOS PARA LA PROMOCIÓN DE LA MUJER

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Parroquia de Santo Antonio, Luanda
Domingo 22 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

«No les queda vino», dijo María a Jesús, suplicando para que la boda pudiera continuar en fiesta, como siempre debe ser: «Los invitados a la boda no pueden ayunar mientras tienen al novio con ellos» (cf. Mc 2,19). La Madre de Jesús fue después a los sirvientes recomendándoles: «Haced lo que él os diga» (cf. Jn 2,1-5). Y aquella mediación materna hizo posible el «vino bueno», premonitor de una nueva alianza entre la omnipotencia divina y el corazón humano pobre pero bien dispuesto. Por lo demás, esto es lo que ya había sucedido en el pasado cuando –como hemos oído en la primera lectura– «todo el pueblo, a una, respondió: “haremos todo cuanto ha dicho el Señor”» (Ex 19,8).

Que estas mismas palabras broten del corazón de todos los que estamos aquí reunidos, en esta iglesia de San Antonio, levantada gracias a la benemérita

obra misionera de los Frailes menores capuchinos, como una nueva Tienda para el Arca de la Alianza, signo de la presencia de Dios en medio del pueblo en camino. Sobre ellos y cuantos colaboran y se benefician de la asistencia religiosa y social que se presta aquí, el Papa imparte una benévola y alentadora Bendición. Saludo cordialmente a todos los presentes: Obispos, presbíteros, consagrados y consagradas, y de modo particular a vosotros, fieles laicos, que asumís conscientemente los deberes de compromiso y testimonio cristiano que conlleva el sacramento del bautismo y, para los casados, también del sacramento de la matrimonio. Y, dado el motivo principal que nos reúne aquí, dirijo un saludo lleno de afecto y esperanza a las mujeres, a las que Dios ha confiado la fuente de la vida: vivís y apostáis por la vida, porque el Dios vivo ha apostado por vosotras. Saludo con espíritu agradecido a los responsables y animadores de los Movimientos eclesiales que se preocupan entre otras cosas por la promoción de la mujer angoleña. Agradezco a Mons. José de Queirós Alves y a vuestros representantes las palabras que me han dirigido, expresando los afanes y esperanzas de tantas heroínas silenciosas, como son las mujeres en esta querida Nación.

Exhorto a todos a ser realmente conscientes de las condiciones desfavorables a las que han estado sometidas –y lo siguen estando– muchas mujeres, examinando en qué medida esto puede ser causado por la conducta y la actitud de los hombres, a veces por su falta de sensibilidad o responsabilidad. Los designios de Dios son diferentes. Hemos escuchado en la lectura que todo el pueblo contestó al unísono: «Haremos todo cuanto ha dicho el Señor». Dice la Sagrada Escritura que el Creador divino, al ver la obra que había realizado, vio que faltaba algo: todo habría sido bueno si el hombre no hubiera estado solo. ¿Cómo podía el hombre solo ser imagen y semejanza de Dios, que es uno y trino, de Dios que es comunión? «No está bien que el hombre esté solo; voy a hacer alguien como él que le ayude» (cf. Gn 2,18-20). Dios se puso de nuevo manos a la obra para crear la ayuda que faltaba, y se la proporcionó de forma privilegiada, introduciendo el orden del amor, que no veía suficientemente representado en la creación.

Como sabéis, hermanos y hermanas, este orden del amor pertenece a la vida íntima de Dios mismo, a la vida trinitaria, siendo el Espíritu Santo la hipóstasis personal del amor. Ahora bien, «sobre el designio eterno de Dios –como dijo el recordado Papa Juan Pablo II–, la mujer es aquella en quien el orden del amor en el mundo creado de las personas halla un terreno para su primera raíz» (Carta ap., *Mulieris dignitatem*, 29). En efecto, al ver el encanto fascinante que irradia de la

mujer a causa de la íntima gracia que Dios le ha dado, el corazón del hombre se ilumina y se ve a sí mismo en ella: «Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gn 2,23). La mujer es otro «yo» en la común humanidad. Hay que reconocer, afirmar y defender la misma dignidad del hombre y la mujer: ambos son personas, diferentes de cualquier otro ser viviente del mundo que les rodea.

Los dos están llamados a vivir en profunda comunión, en un recíproco reconocimiento y entrega de sí mismos, trabajando juntos por el bien común con las características complementarias de lo que es masculino y de lo que es femenino. ¿A quién se le oculta hoy la necesidad de dar más espacio a las «razones» del corazón? En un mundo como el actual, dominado por la técnica, se siente la exigencia de esta complementariedad de la mujer, para que el ser humano pueda vivir sin deshumanizarse del todo. Puede pensarse en las tierras donde hay más pobreza, en las regiones devastadas por la guerra, en muchas situaciones trágicas causadas por las migraciones, forzadas o no... En esos casos, casi siempre son las mujeres las que mantienen intacta la dignidad humana, defienden la familia y tutelan los valores culturales y religiosos.

Queridos hermanos y hermanas, la historia habla casi exclusivamente de las conquistas de los hombres, cuando, en realidad, una parte importantísima se debe a la acción determinante, perseverante y beneficiosa de las mujeres. Permitidme que, entre muchas mujeres extraordinarias, os hable de dos: Teresa Gomes y Maria Bonino. Angoleña la primera, fallecida el año 2004 en la ciudad de Sumbe, después de una vida conyugal feliz de la que nacieron 7 hijos; su fe cristiana fue inquebrantable y su celo apostólico admirable, sobre todo en los años 1975 y 1976, cuando una feroz propaganda ideológica y política se abatió sobre la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias de Porto Amboim, consiguiendo casi que se cerraran las puertas de la iglesia. Teresa se convirtió entonces en la líder de los fieles que no se rindieron ante dicha situación, animándolos, protegiendo valerosamente las estructuras parroquiales y buscando cualquier modo posible para tener de nuevo la santa Misa. Su amor a la Iglesia la hizo incansable en la obra de la evangelización, bajo la guía de los sacerdotes.

Maria Bonino fue una pediatra italiana, que se ofreció voluntaria para diversas misiones en esta querida África, y llegó a ser en los últimos años de su vida responsable del departamento pediátrico del hospital provincial de Uíje. Dedicada la cura de miles de niños allí hospitalizados, María pagó con el mayor sacrificio el

servicio prestado durante una terrible epidemia de fiebre hemorrágica de Marburg, acabando contagiada ella misma; aunque se la trajo a Luanda, aquí murió y reposa desde el 24 de marzo de 2005. Pasado mañana se cumple el cuarto aniversario. La Iglesia y la sociedad humana se han enriquecido enormemente – y lo siguen siendo– por la presencia y las virtudes de las mujeres, particularmente por las que se han consagrado al Señor y, apoyándose en Él, se han puesto al servicio de los otros.

Queridos angoleños, hoy nadie debería dudar que las mujeres, sobre la base de su igual dignidad con los hombres, «tienen pleno derecho a insertarse activamente en todos los ámbitos públicos y su derecho debe ser afirmado y protegido incluso por medio de instrumentos legales donde se considere necesario. Sin embargo, este reconocimiento del papel público de las mujeres no debe disminuir su función insustituible dentro de la familia: aquí su aportación al bien y al progreso social, aunque esté poco considerada, tiene un valor verdaderamente inestimable» (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1995, n. 9). Por lo demás, en el ámbito personal, la mujer siente la propia dignidad no tanto como el resultado de una afirmación de los derechos en el plano jurídico, sino más bien como el resultado directo de las atenciones materiales y espirituales que se reciben en la familia. La presencia materna dentro de la familia es tan importante para la estabilidad y el desarrollo de esta célula fundamental de la sociedad, que debería ser reconocida, alabada y apoyada de todos los modos posibles. Y, por el mismo motivo, la sociedad ha de llamar la atención a los maridos y a los padres sobre sus responsabilidades respecto a su propia familia.

Queridas familias, sin duda os habéis dado cuenta de que ninguna pareja humana puede por sí sola, únicamente con las propias fuerzas, ofrecer a los hijos de manera adecuada el amor y el sentido de la vida. En efecto, para poder decir a alguien: «Tu vida es buena, aunque no se sepa su futuro», hace falta una autoridad y una credibilidad mayor de la que pueden dar los padres por sí solos. Los cristianos saben que esta autoridad mayor se ha dado a esa familia más grande, que Dios, por su Hijo Jesucristo y el don del Espíritu Santo, ha creado en la historia humana, es decir, la Iglesia. Vemos en ello la obra de ese Amor eterno e indestructible que asegura a la vida de cada uno de nosotros un sentido permanente, aunque no conozcamos su futuro. Por este motivo, la edificación de toda familia cristiana se realiza dentro de esa familia más grande que es la Iglesia, la cual la sostiene y la estrecha en su pecho, garantizando que sobre ella, ahora y en el futuro, se pose el «sí» del Creador.

«No les queda vino», dice María a Jesús. Queridas mujeres angoleñas, tenedla como vuestra abogada ante el Señor. Así la conocemos desde aquellas bodas de Caná: como la mujer bondadosa, llena de solicitud maternal y de valor, la mujer que se da cuenta de las necesidades ajenas y, queriendo poner remedio, las lleva ante el Señor. Junto a Ella, todos, hombres y mujeres, podemos recobrar esa serenidad e íntima confianza que nos hace sentirnos bienaventurados en Dios e incansables en la lucha por la vida. Que la Virgen de Muxima sea la estrella de vuestra vida; que Ella os guarde unidos en la gran familia de Dios. Amén.

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Estadio Dos Coqueiros - Luanda
Sábado 21 de marzo de 2009

Queridos amigos:

Habéis venido muchos, representando a otros muchos más que están espiritualmente unidos a vosotros, para encontrar al Sucesor de Pedro y proclamar conmigo ante todos la alegría de creer en Cristo y renovar el compromiso de ser sus fieles discípulos en nuestro tiempo. Un encuentro parecido tuvo lugar en esta misma ciudad el 7 de junio de 1992 con el amado Papa Juan Pablo II; con los rasgos un poco diferentes, pero con el mismo amor en el corazón, aquí tenéis al actual Sucesor de Pedro, que os abraza a todos en Cristo Jesús, que «es el mismo ayer, y hoy y siempre» (Hb 13,8).

Deseo, ante todo, daros las gracias por esta fiesta que me ofrecéis, por la fiesta que sois vosotros, por vuestra presencia y vuestro gozo. Dirijo un saludo afectuoso a los venerados Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio, así como a vuestros animadores. Os doy las gracias de corazón y saludo a cuantos han preparado este encuentro y, en particular, a la Comisión episcopal para la Juventud

y las Vocaciones, con su Presidente, Mons. Kanda Almeida, al que agradezco las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido. Saludo a todos los jóvenes, católicos y no católicos, que buscan una respuesta a sus problemas, algunos de los cuales han sido seguramente indicados por vuestros representantes, cuyas palabras he escuchado con gratitud. Naturalmente, el abrazo a ellos, vale también para todos vosotros.

Encontrarse con los jóvenes hace bien a todos. Tal vez tengan muchos problemas, pero llevan consigo mucha esperanza, mucho entusiasmo y deseos de volver a empezar. Jóvenes amigos, lleváis dentro de vosotros mismos la dinámica del futuro. Os invito a mirarlo con los ojos del Apóstol Juan: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva... y también la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo. Y escuché una voz potente que decía desde el trono: “Ésta es la morada de Dios con los hombres”» (Ap 21,1-3). Queridísimos amigos, Dios marca la diferencia. Así ha sido desde la intimidad serena entre Dios y la pareja humana en el jardín del Edén, pasando por la gloria divina que irradiaba en la Tienda del Encuentro en medio del pueblo de Israel durante la travesía del desierto, hasta la encarnación del Hijo de Dios, que se unió indisolublemente al hombre en Jesucristo. Este mismo Jesús retoma la travesía del desierto humano pasando por la muerte para llegar a la resurrección, llevando consigo a toda la humanidad a Dios. Ahora, Jesús ya no está encerrado en un espacio y tiempo determinado, sino que su Espíritu, el Espíritu Santo, brota de Él y entra en nuestros corazones, uniéndonos así a Jesús mismo y, con Él, al Padre, al Dios uno y trino.

Queridos amigos, Dios ciertamente marca la diferencia... Más aún, Dios nos hace diferentes, nos renueva. Ésta es la promesa que nos hizo Él mismo: «Ahora hago el universo nuevo» (Ap 21,5). Y es verdad. Lo afirma el Apóstol San Pablo: «El que es de Cristo es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo» (2 Co 5,17-18). Al subir al cielo y entrar en la eternidad, Jesucristo ha sido constituido Señor de todos los tiempos. Por eso, Él se hace nuestro compañero en el presente y lleva el libro de nuestros días en su mano: con ella asegura firmemente el pasado, con el origen y los fundamentos de nuestro ser; en ella custodia con esmero el futuro, dejándonos vislumbrar el alba más bella de toda nuestra vida que de Él irradia, es decir, la resurrección en Dios. El futuro de la humanidad nueva es Dios; una primera anticipación de ello es precisamente su Iglesia. Cuando os sea posible, leed atentamente la historia: os podréis dar cuenta de que la Iglesia, con el

pasar de los años, no envejece; antes bien, se hace cada vez más joven, porque camina al encuentro del Señor, acercándose más cada día a la única y verdadera fuente de la que mana la juventud, la regeneración y la fuerza de la vida.

Amigos que me escucháis, el futuro es Dios. Como hemos oído hace poco, Él «enjuagará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado» (Ap 21,4). Pero, mientras tanto, veo ahora aquí algunos jóvenes angoleños –pero son miles– mutilados a consecuencia de la guerra y de las minas, pienso en tantas lágrimas que muchos de vosotros habéis derramado por la pérdida de vuestros familiares, y no es difícil imaginar las sombrías nubes que aún cubren el cielo de vuestros mejores sueños... Leo en vuestro corazón una duda que me planteáis: «Esto es lo que tenemos. Lo que nos dices, no lo vemos. La promesa tiene la garantía divina –y nosotros creemos en ella– pero ¿cuándo se alzarán Dios para renovar todas las cosas?». Jesús responde lo mismo que a sus discípulos: «No perdáis la calma: creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, y me voy a prepararos sitio» (Jn 14,1-2). Pero, vosotros, queridos jóvenes, insistís: «De acuerdo. Pero, ¿cuándo sucederá esto?». A una pregunta parecida de los Apóstoles, Jesús respondió: «No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos... hasta los confines del mundo» (Hch 1,7-8). Fijaos que Jesús no nos deja sin respuesta; nos dice claramente una cosa: la renovación comienza dentro; se os dará una fuerza de lo Alto. La fuerza dinámica del futuro está dentro de vosotros.

Está dentro..., pero ¿cómo? Como la vida está oculta en la semilla: así lo explicó Jesús en un momento crítico de su ministerio. Éste comenzó con gran entusiasmo, pues la gente veía que se curaba a los enfermos, se expulsaba a los demonios y se proclamaba el Evangelio; pero, por lo demás, el mundo seguía como antes: los romanos dominaban todavía, la vida era difícil en el día a día, a pesar de estos signos y de estas bellas palabras. El entusiasmo se fue apagando, hasta el punto de que muchos discípulos abandonaron al Maestro (cf. Jn 6,66), que predicaba, pero no transformaba el mundo. Y todos se preguntaban: En fondo, ¿qué valor tiene este mensaje? ¿Qué aporta este Profeta de Dios? Entonces, Jesús habló de un sembrador, que esparce su semilla en el campo del mundo, explicando después que la semilla es su Palabra (cf. Mc 4,3-20) y son sus curaciones: ciertamente poco, si se compara con las enormes carencias y dificultades de la realidad cotidiana. Y, sin embargo, en la semilla está presente el futuro, porque la semilla lleva

consigo el pan del mañana, la vida del mañana. La semilla parece que no es casi nada, pero es la presencia del futuro, es la promesa que ya hoy está presente; cuando cae en tierra buena da una cosecha del treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno.

Amigos míos, vosotros sois una semilla que Dios ha sembrado en la tierra, que encierra en su interior una fuerza de lo Alto, la fuerza del Espíritu Santo. No obstante, para que la promesa de vida se convierta en fruto, el único camino posible es dar la vida por amor, es morir por amor. Lo dijo Jesús mismo: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero, si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna» (Jn 12,24-25). Así habló y así hizo Jesús: su crucifixión parece un fracaso total, pero no lo es. Jesús, en virtud «del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha» (Hb 9,14). De este modo, cayendo en tierra, pudo dar fruto en todo tiempo y a lo largo de todos los tiempos. En medio de vosotros tenéis el nuevo Pan, el Pan de la vida futura, la Santa Eucaristía que nos alimenta y hace brotar la vida trinitaria en el corazón de los hombres.

Jóvenes amigos, semillas con la fuerza del mismo Espíritu Eterno, que han germinado al calor de la Eucaristía, en la que se realiza el testamento del Señor. Él se nos entrega y nosotros respondemos entregándonos a los otros por amor suyo. Éste es el camino de la vida; pero se podrá recorrer sólo con un diálogo constante con el Señor y en auténtico diálogo entre vosotros. La cultura social predominante no os ayuda a vivir la Palabra de Jesús, ni tampoco el don de vosotros mismos, al que Él os invita según el designio del Padre. Queridísimos amigos, la fuerza se encuentra dentro de vosotros, como estaba en Jesús, que decía: «El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras... El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre» (Jn 14,10.12). Por eso, no tengáis miedo de tomar decisiones definitivas. Generosidad no os falta, lo sé. Pero frente al riesgo de comprometerse de por vida, tanto en el matrimonio como en una vida de especial consagración, sentís miedo: «El mundo vive en continuo movimiento y la vida está llena de posibilidades. ¿Podré disponer en este momento por completo de mi vida sin saber los imprevistos que me esperan? ¿No será que yo, con una decisión definitiva, me juego mi libertad y me ato con mis propias manos?» Éstas son las dudas que os asaltan y que la actual cultura individualista y hedonista exaspera. Pero cuando el joven no se decide, corre el riesgo de seguir siendo eternamente niño.

Yo os digo: ¡Ánimo! Atreveos a tomar decisiones definitivas, porque, en verdad, éstas son las únicas que no destruyen la libertad, sino que crean su correcta orientación, permitiendo avanzar y alcanzar algo grande en la vida. Sin duda, la vida tiene un valor sólo si tenéis el arrojo de la aventura, la confianza de que el Señor nunca os dejará solos. Juventud angoleña, deja libre dentro de ti al Espíritu Santo, a la fuerza de lo Alto. Confiando en esta fuerza, como Jesús, arriésgate a dar este salto, por decirlo así, hacia lo definitivo y, con él, da una posibilidad a la vida. Así se crearán entre vosotros islas, oasis y después grandes espacios de cultura cristiana, donde se hará visible esa «ciudad santa, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia». Ésta es la vida que merece la pena vivir y que de corazón os deseo. Viva la juventud de Angola.

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS DE ANGOLA Y SANTO TOMÉ

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Capilla de la Nunciatura Apostólica - Luanda
Viernes 20 de marzo de 2009

Señor Cardenal,
Queridos Obispos de Angola y Santo Tomé:

Me es muy grato encontraros en esta sede que Angola ha destinado al Sucesor de Pedro –generalmente en la persona de un representante suyo– como expresión visible de los vínculos que unen a vuestros pueblos con la Iglesia Católica, que tiene la satisfacción de contaros entre sus hijos desde hace más de quinientos años. Que se eleve fervorosa y concorde nuestra alabanza a Dios Padre, que por obra y gracia del Espíritu Santo, no cesa de generar el Cuerpo místico de su Hijo con los rasgos angoleños y santotomenses, sin perder por ello sus fisionomías judía, romana, portuguesa y tantas otras adquiridas antes, pues «los que os habéis incorporado a Cristo por el Bautismo [...] sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3,27.28). Para continuar hoy esta labor de gestación del Cristo total mediante la fe y el bautismo, el buen Dios ha querido tener necesidad de mí y de vosotros, venerables

Hermanos; no debe extrañaros que los dolores del parto se hagan sentir en nosotros hasta que Cristo se forme completamente (cf. Ga 4,19) en el corazón de vuestro pueblo. Dios os recompensará por todo el trabajo apostólico llevado a cabo en condiciones difíciles, tanto durante la guerra como en la actualidad, en medio de tantas limitaciones, contribuyendo así a dar a la Iglesia en Angola y Santo Tomé y Príncipe ese dinamismo que todos reconocen.

Consciente del ministerio que he sido llamado a desempeñar al servicio de la comunión eclesial, os ruego que os hagáis intérpretes de mi constante solicitud ante vuestras comunidades cristianas, a las que saludo con sincero afecto en la persona de cada miembro de esta Conferencia Episcopal. Saludo particularmente a vuestro Presidente, Mons. Damião Franklin, a quien agradezco sus palabras de bienvenida que me ha dirigido en vuestro nombre, mostrando vuestro empeño en un cuidadoso discernimiento y en el consiguiente plan unitario aplicado a vuestras comunidades diocesanas «para el perfeccionamiento de los fieles [...] hasta que lleguemos todos [...] al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud» (Ef 4,12.13). En efecto, frente a un relativismo difuso que no reconoce nada como definitivo, y tiende más bien a tomar como criterio último el yo personal y los propios caprichos, nosotros proponemos otra medida: el Hijo de Dios, que es también verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo. El cristiano de fe adulta y madura no es alguien que sigue la ola de la moda y las últimas novedades, sino quien vive profundamente arraigado en la amistad de Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno, y nos da el criterio para discernir entre la verdad y el error.

Ciertamente, para el futuro de la fe y la orientación global de la vida del País, es decisivo el campo de la cultura, en el que la Iglesia tiene renombradas instituciones académicas, que han de tener a gala que la voz de los católicos esté siempre presente en el debate cultural de la Nación, para que se fortalezca la capacidad de elaborar de manera racional, a la luz de la fe, tantas cuestiones que surgen en los distintos ámbitos de la ciencia y de la vida. Además, la cultura y los modelos de comportamiento están hoy cada vez más condicionados y caracterizados por las imágenes propuestas por los medios de comunicación social; por eso, son loables todos vuestros esfuerzos para tener una capacidad de comunicación también en este ámbito, que permita ofrecer a todos una interpretación cristiana de los acontecimientos, los problemas y las realidades humanas.

Una de estas realidades humanas, expuesta ahora a muchas dificultades y amenazas, es la familia, que tiene especial necesidad de ser evangelizada y apoyada

de forma concreta, pues a la debilidad e inestabilidad interna de muchas uniones conyugales, se añade la tendencia generalizada en la sociedad y la cultura a impugnar el carácter único y la misión propia de la familia fundada en el matrimonio. En vuestra solicitud pastoral por todo ser humano, seguid levantando la voz en defensa de la sacralidad de la vida humana y del valor de la institución matrimonial, promoviendo el papel que tiene la familia en la Iglesia y la sociedad, así como buscando medidas económicas y legislativas que apoyen la generación y educación de los hijos.

Me alegro de que haya en vuestros Países muchas comunidades vibrantes de fe, con un laicado comprometido, dedicado a diversas obras de apostolado, así como un considerable número de vocaciones al ministerio ordenado y la vida consagrada, especialmente de vida contemplativa: son un verdadero signo de esperanza para el futuro. Y, ahora que el clero es cada vez más autóctono, deseo rendir homenaje a la labor realizada paciente y heroicamente por los misioneros para anunciar a Cristo y su Evangelio, y para dar vida a las comunidades cristianas de las que hoy sois responsables. Os invito a seguir de cerca a vuestros presbíteros, preocupándoos de su formación permanente, tanto teológica como espiritual, estando atentos a sus condiciones de vida y del ejercicio de su misión propia, con el fin de que sean auténticos testigos de la Palabra que anuncian y de los Sacramentos que celebran. Que permanezcan fieles, con la entrega de sí mismos a Cristo y al pueblo del que son pastores, a las exigencias de su estado, y vivan su ministerio presbiteral como un verdadero camino de santidad, tratando de ser santos para suscitar nuevos santos en torno a ellos.

Venerables Hermanos, confiando en el recuerdo en vuestras oraciones al Señor, os aseguro una plegaria especial a Aquel que es el verdadero esposo de la Iglesia, que la ama, la protege y alimenta: el Hijo unigénito del Dios vivo, Jesucristo nuestro Señor. Que Él ayude con su gracia vuestros esfuerzos pastorales, para que sean fecundos según el ejemplo y bajo la protección del Corazón Inmaculado de la Virgen Madre. Con estos sentimientos, os imparto a cada uno mi Bendición, así como a vuestros presbíteros, personas consagradas, seminaristas, catequistas y a todos los fieles laicos que forman parte de la grey que Dios os ha confiado.

CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto internacional «4 de Fevereiro» de Luanda
Lunes 23 de marzo de 2009

Excelentísimo Señor Presidente de la República,
Ilustrísimas Autoridades civiles, militares y eclesiásticas,
Queridos hermanos y hermanas en Cristo,
Amigos todos de Angola:

A la hora de partir, y muy reconocido por la presencia de Vuestra Excelencia, Señor Presidente, deseo expresarle mi aprecio y gratitud, tanto por el distinguido tratamiento que me ha deparado como por las disposiciones tomadas para facilitar el desarrollo de los diversos encuentros que he tenido el gozo de vivir. Expreso mi cordial agradecimiento a las Autoridades civiles y militares, a los Pastores y a los responsables de las comunidades e instituciones eclesiales implicadas en dichos encuentros, por la gentileza con que han querido honrarme durante estos días que he podido pasar con vosotros. Se debe una palabra de gratitud a los integrantes de los medios de comunicación social, a los agentes de los servicios de seguridad y a

todos los voluntarios que, con generosidad, eficiencia y discreción, han contribuido al buen resultado de mi visita.

Doy gracias a Dios por haber encontrado una Iglesia viva y, a pesar de las dificultades, llena de entusiasmo, que ha sabido llevar sobre los hombros su cruz, y la de los demás, dando testimonio ante todos de la fuerza salvadora del mensaje evangélico. Ella sigue anunciando que ha llegado el tiempo de la esperanza, comprometiéndose a pacificar los ánimos e invitando al ejercicio de una caridad fraterna que sepa abrirse a la acogida de todos, respetando las ideas y sentimientos de cada uno. Es el momento de despedirme y regresar a Roma, triste por tener que dejaros, pero contento por haber conocido un pueblo valeroso y decidido a renacer. No obstante las resistencias y los obstáculos, este pueblo quiere edificar su futuro caminando por la senda del perdón, la justicia y la solidaridad.

Si se me permite dirigir aquí un llamamiento final, quisiera pedir que la justa realización de las aspiraciones fundamentales de la población más necesitada sea la principal preocupación de los que ejercen cargos públicos, pues su intención – estoy seguro – es desempeñar la misión encomendada, no para sí mismos, sino con vistas al bien común. Nuestro corazón no puede quedarse en paz mientras haya hermanos que sufren por falta de comida, de trabajo, de una casa o de otros bienes fundamentales. Para dar una respuesta concreta a estos nuestros hermanos en humanidad, el primer desafío que se ha de vencer es el de la solidaridad: solidaridad entre las generaciones, solidaridad entre las Naciones y entre los continentes, que permita compartir cada vez más ecuánimemente los recursos de la tierra entre todos los hombres.

Y desde Luanda levanto la vista sobre toda África, dándole cita para el próximo mes de octubre en la Ciudad del Vaticano, cuando nos reuniremos para la II Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos dedicada a este Continente, donde el Verbo encarnado en persona encontró refugio. Ahora, ruego a Dios que haga sentir su protección y ayuda a los innumerables refugiados y expatriados que vagan en espera de una vuelta a su propia casa. El Dios del cielo les repite: «Aunque la madre se olvide de ti, Yo nunca te olvidaré» (cf. Is 49,15). Dios os ama como hijos e hijas; Él vela sobre vuestros días y vuestras noches, sobre vuestras fatigas y aspiraciones.

Hermanos y amigos de África, queridos angoleños: ¡ánimo! No os canséis de hacer progresar la paz, haciendo gestos de perdón y trabajando por la reconci-

liación nacional, para que la violencia nunca prevalezca sobre el diálogo, el temor y el desaliento sobre la confianza y el rencor sobre el amor fraterno. Eso será posible si os reconocéis mutuamente como hijos del mismo y único Padre del Cielo. Dios bendiga Angola. Bendiga a cada uno de sus hijos e hijas. Bendiga el presente y el futuro de esta querida Nación. Adiós.

